

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

PETROLEO A GO-GO

FABA



HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

72. La banda del trébol rojo. *Clark Currados*.

73. El makimono. *Lou Carrigan.*

74. Cinco discos de jade. *Curtís Garland.*

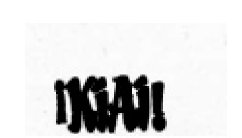
75. El dogal al cuello. *Clark Carradas.*

76. Los budokas asesinos. *Lou Carrigan.*

RALPH BARBY

PETROLEO A GO-GO (M.P.SAVAGE-20)

Colección ¡KIAI! n.° 77
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO
ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 15.794 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1978

Cubierta

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

El día había sido caluroso y la noche llegaba cargada de asfixiante bochorno. El rostro de Waldo Valsetti estaba empapado de sudor. Gruesos goterones le caían desde los cabellos deslizándose por la frente hasta las cejas y, para evitar la irritación de los ojos, pasaba el dorso de su mano velluda por entre los párpados ya algo inflamados.

La Conchito, caliente siempre pero sin sudar, quizá porque se bañaba un par de veces al día y abría y cerraba sus poros limpiándolos, observó el rostro de aquel hombre cuarentón, un rostro curtido por los vientos, por el duro trabajo y la exposición al sol y a la brisa del mar.

—¿Eres marino?

—No —denegó Waldo Valsetti mirando a un lado y a otro de reojo, como temiendo ver aparecer a alguien que pudiera causarle problemas.

La Conchito era la propietaria de la elegante casa de citas, muy cuidada, muy controlada y que gozaba de cierto prestigio. Los que podían pagar los servicios de la casa sabían que la Conchito hacía que un médico pasara por allá dos veces por semana.

En realidad, la Conchito amparaba a un grupo de chicas de alterne que trabajaban en el Selva Night Club que estaba a pocos pasos del palacete de la Conchito. Gracias a un túnel que no tenía nada de siniestro, se comunicaban.

Waldo Valsetti había llegado por aquel túnel enmoquetado en rojo oscuro, e iluminado adecuadamente por luces que le daban un aspecto cálido. No había ido a buscar el palacete, sino que huía de alguien y, de pronto, se encontró en un saloncito casi barroco con la Conchito delante.

Aquella mujer no era ninguna niña, aunque tampoco nadie podría cargarle más de treinta años; lo cierto es que debía tenerlos pero se conservaba. Sabía que la luz del sol era un enemigo mortal para su piel porque el sol de Costa Larga[1] era verdadero fuego y, mezclado con el bochorno que les proporcionaba la proximidad casi tangible del mar, conseguía que las mujeres que vivían abiertamente bajo la luz y el calor envejecieran en forma prematura.

—Pues cualquiera diría que eres marino, aunque no hueles a pescado. ¿Marino mercante; militar acaso?

—No, no.

La Conchito observó que el hombre se había puesto nervioso. No le pareció ningún patán; su forma de hablar denotaba cultura y no debía andar mal de plata, porque en su mano izquierda descubrió un anillo con una gruesa esmeralda engarzada en oro.

—¿Tú eres la dueña de esto?

—Sí, yo, la Conchito.

—La Conchito, ¿eh? —repitió, como buscando seguridad en sus propias palabras. No dejaba de sudar y quizá era más producto del miedo que del calor y el bochorno.

La Conchito, opulenta de pechos y caderas, movió su cuerpo con cadencia, de cintura para abajo.

—También hago algún servicio, si me place, claro, porque no me hace falta.

Waldo no parecía decidirse. Ella le sonrió y su hablar resultaba más meloso que el del hombre; cada palabra suya era como una invitación a la sensualidad, al juego amoroso, le cogió por el brazo y se lo llevó por una escalera. Waldo Valsetti miró en derredor, siempre inquieto, y preguntó;

—¿Y si viene alguien ahora?

—Ya habrá quien le reciba. Siempre hay alguien en mi palacete aunque tú no le veas, es pura discreción. A mis visitantes no les agradan los ojos mirones. Anda, ven.

Waldo Valsetti se dejó conducir a una alcoba amplia con una balconada que daba a la calle, una balconada con portalones de maderitas separadas para permitir el paso del aire.

Cerca del gran ventanal, un ventilador cogía el aire de la calle y lo introducía en la espléndida habitación, llena de cortinajes de seda, butaquitas estilo Luis. XV y una gran cama con dosel.

En vez de mirar la cama, lo primero que hizo Waldo Valsetti fue ir directo al balcón y observar el exterior a través de la celosía de madera. Se veía un poco de jardín, una verja de hierro y después la calle. Más a la izquierda, unas luces de neón a varios colores anunciaban Selva Night Club. La música, muy tenue, llegaba hasta él.

—¿Quieres beber algo? —ofreció la Conchito.

Al volverse, Waldo Valsetti la descubrió cubierta con un salto de cama color rojo que le llegaba hasta los pies y, tan transparente, que todos sus encantos quedaban a la vista.

—Hace mucho calor, ¿verdad?

—Sí —respondió ella poniendo calor en su mirada, humedeciendo sus labios—. Puedes ducharte aquí mismo, luego estarás más fresco; creo que un duchazo no te enfriará demasiado.

—Sí, sí. ¿Tienes teléfono aquí? —Lo descubrió él mismo sobre una mesita y antes de que ella pudiera responder preguntó—; ¿Se puede llamar al exterior?

—Sí. Tú no has venido a gozar un poco al palacete de la Conchito, tú vienes huyendo de algo, ¿verdad?

El hombre exhaló un suspiro tan fuerte que tuvo efectos de resoplido.

—Quiero irme de Costa Larga.

—Eso es fácil, mi niño —le replicó cariñosamente—. Tomas un boleto de avión o de barquito y te vas.

—No es tan sencillo.

—Sí lo es. Vivimos en un país libre y podemos ir y venir. Las cosas no marchan demasiado bien, es cierto; dicen que somos pobres, subdesarrollados, pero tenemos libertad, hasta tenemos un presidente y esto es una república democrática.

—No me vengas con puñetas de política ahora —rezongó Waldo.

—¿Qué te pasa, niño, por qué no puedes marcharte? ¿Te busca la policía, te has manchado las manos de sangre?

—No, y tampoco la policía me busca.

—Entonces, ¿de quién huyes?

—De unos tipos peores que la policía, unos tipos que me andan buscando y cuando me encuentren me mandarán al infierno.

—¡Uyuyuy! En mi palacete no quiero tiros, no señor, no quiero tiros y tú llevas pistola, ¿verdad?

Waldo Valsetti se palpó la chaqueta blanca y se notó un bulto significativo.

—Sólo para defenderme.

—Acá en mi casa no quiero tiros —repitió, machacona—. La policía se porta bien conmigo y con mis niñas y no quiero tiros, no señor. Anda, ve a la ducha, quítate el sudor y vuelve, que la Conchito te espera.

Waldo Valsetti se le acercó; le mostró el anillo de oro con la esmeralda y preguntó:

—¿Sabes qué valor tiene?

—¡Ah! Pues no sé; mucho, si la piedra es auténtica.

—Lo es.

—¡Ajá! Entonces sí valdrá mucha plata, ya lo creo.

—Será tuya si encuentras a alguien que me saque de Costa Larga sin ruido, sin que nadie me vea e insisto, no me busca la policía y tampoco estoy fichado.

—Si es tan fácil... Tengo un amigo que es un poquito raro, le gusta ayudar a la gente y no es ambicioso.

—¿Quién es?

—Se llama Alexandro, no le conocerás, seguro. Tiene un gimnasio, es un joven muy fuerte aunque nadie lo diría al verle.

—¿El puede sacarme del país? —preguntó dubitativo.

—Ya te he dicho que ayuda al prójimo, es de confianza, pero tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Que antes de ayudar quiere saber por qué ayuda, quiere saber qué hace o qué ha hecho el que le necesita.

—Si le pago no tiene por qué hacer preguntas.

—Es que Alexandro no cobra nada.

—¿Nada, me estás embrollando?

—No, ya te he dicho que es un tipo raríto, pero si alguien puede ayudarte es él, seguro, y no te traicionará porque no hay plata suficiente para retorcer su alma.

—¡Hum, no sé! Bueno, llámalo, ya veremos.

El cuarto de aseo era pequeño aunque suficiente. Waldo Valsetti se despojó de la ropa, se duchó y sintió un profundo alivio al quitarse el sudor de encima. Cerró la ducha y la propia Conchito, empleando una toalla grande, le fue secando el cuerpo y lo hizo con mimo y malicia, de tal forma que él terminó buscando sus labios para besarla con intensidad.

Se dejó llevar y gozó aquella situación como si fuera la última oportunidad de amar de su vida.

La Conchito conocía muy bien su profesión y supo complacerle. Luego, se retiró y Waldo se quedó fumando un cigarrillo. Aún seguía en posesión de su valioso anillo. Analizó su situación. Se sabía acosado como una rata, mas se había tranquilizado al encontrar a la Conchito cuando menos lo esperaba y se había relajado un tanto.

Se puso los pantalones y comprobó que la pistola estaba en orden, que podía disparar en cuanto hiciera falta y estaba dispuesto a todo, con tal de salvar la piel.

Escuchó pasos tras la puerta de la habitación en que había quedado solo y, de puntillas, con los pies descalzos, se colocó tras la puerta. Pistola en mano, aguardó. Se abrió la hoja de madera y él quedó detrás.

La Conchito entró en la estancia e interpeló:

—Niño, ¿dónde estás?

—Detrás de la puerta —anunció una voz desconocida para Waldo, el cual se sorprendió al sentirse descubierto.

Salió de detrás de la puerta y encañonó al acompañante de la Conchito.

—¿Quién eres?

—Alexandro, y puedes guardarte la pistola, yo no tengo nada contra ti.

—¡Uf, qué susto! Se te puede disparar y vas a traer la desgracia a mi casa —se quejó la mujer.

—¿Vas armado? —inquirió Waldo.

—No —respondió Alexandro.

—Espera que lo compruebe.

Se acercó con la pistola en la zurda y la diestra adelantada para cachear al muchacho, mas éste dio un golpe rapidísimo con el canto cubital de su mano sobre la muñeca armada. El shuto-uchi hizo saltar

la pistola al suelo.

Waldo Valsetti quiso recoger el arma, mas Alexandro le barrió con el canto del pie derecho haciéndole caer. Todo fue muy rápido, muy limpio, y Waldo se vio en el suelo, desarmado. Cuando quiso reaccionar, Alexandro tenía la pistola en sus manos.

—Debiste confiar más en mí —le reprochó Alexandro sin enojo.

—¿Por qué me has atacado? —gruñó Waldo, receloso.

—Porque me apuntabas con la pistola. Te la he quitado con un golpe de Karate, porque me he dado cuenta de que tenías el seguro puesto. En realidad, no querías disparar, sólo asustarme. Anda, toma tu pistola y hablemos.

Waldo, de nuevo con el arma entre sus manos, se sintió desconcertado ante aquel joven espigado, de piel ligeramente tostada y con algunos rasgos indios. No cabía duda de que si no pedía nada, si era capaz de desarmarle con tanta facilidad y luego le devolvía la pistola sin temor a ser encañonado de nuevo, es que era un tipo nada vulgar.

—Disculpa, estoy algo nervioso —pidió,

—¿Quién te persigue? —preguntó Alexandro abiertamente.

Fue la Conchito quien respondió en vez de Valsetti.

—La policía dice que no.

—No, la policía no me persigue; son otros tipos, de este país, como tú y yo, y también extranjeros.

—¿Extranjeros, seguro que extranjeros también?

—Sí. Quieren liquidarme para que no hable,

—¿Y si tú hablas harás daño a alguien?

—Haré bien a alguien.

—¿A quién?

—A nuestro país.

—Eso está muy bien —aceptó Alexandro—, pero ¿quién te impide hablar, entonces?

—Los que quieren matarme.

—¿Acaso están en todas partes?

—Me temo que sí. Andan en el gobierno, por todas partes, son los que mandarán pronto.

—¿Es un problema político?

—No, no se trata de eso.

—¿Entonces?

—Es un problema de negocios, de plata, de mucha plata, de petrodólares.

—¿Para nuestro país?

—Sí.

—A nuestra nación le hace falta plata, estamos en déficit con los demás países.

—Todo se puede arreglar.

—¿Cómo?

—Primero, quiero salir de aquí. Quiero sentirme seguro, pese a que las zarpas de esa gente llegarán a todas partes del mundo. —Miró a los ojos del joven Alexandro y encontró tal honestidad en ellos que la sinceridad brotó del interior de su cuerpo, como un vómito incontenible—. Te voy a decir que yo también soy un puerco, que he tratado de chantajear a los que quieren matarme. El chantaje no me salió bien y estuve a punto de caer en una trampa de la que salí vivo por puro milagro y ahora lo que voy a hacer es vengarme de ellos.

—No suelo ayudar a nadie cuya intención sea vengarse —alegó Alexandro.

—Es que mi venganza consiste en olvidarme de hacerme rico yo y en que se enriquezca nuestra nación,

—Si es así…

—¿Le vas a ayudar, Alexandro?

—Creo que sí, pero si voy a jugarme la vida por él quiero saber más cosas.

—Si te explico más, sabrás tanto como yo.

—¿Y eso es malo?

—Para ti, sí, correrás el mismo peligro que yo ahora.

No sabes lo angustioso que es irse escondiendo como las ratas y tratar de salir del país sin ser visto.

—No me importa, si es justo lo que hago.

Sopesando la pistola todavía en su mano, Waldo Valsetti opinó:

—No te entiendo, muchacho, será cosa de tus pocos años.

—¿Lo dices porque no tengo interés en aprovecharme de tu situación? —preguntó Alexandro sonriendo, ofreciendo amistad y no burla.

—La verdad, sí. Nunca he conocido a nadie como tú. Si fuéramos amigos o lucháramos por una misma región o partido político, lo comprendería, pero es que tú no sabes nada de mí y te ofreces sin pedir nada a cambio, con las manos limpias y una sonrisa en los labios, como si no te importara morir.

—Ya te he dicho que Alexandro es un poco raro —suspiró la Conchito—. Le invito a que venga cuando quiera a mi palacete y sólo acude en ocasiones como ésta, para ayudar a alguien, y no se queda con mis niñas ni conmigo, aunque un pajarito me ha contado que tiene cierta amiguita…

—Tu pajarito no te ha informado mal, Conchito. No soy de piedra y tampoco he jurado celibato alguno —respondió Alexandro—, pero por hacer el amor, jamás pagaría un centavo.

—¡Ni yo te lo iba a cobrar, mira éste! —le replicó rápida la mujer.

—Está bien, Alexandro, te contaré algunas cosas más. Tú, Conchito, tendrás que dejarnos, pero antes... —miró al joven, inquiriendo—: ¿Seguro que puedes sacarme de Costa Larga?

—Sí, si hace falta. Tengo amigos que te llevarían de marinero y si tienes los papeles en regla podrás desembarcar en Brasil o Venezuela o te pasarían a otro barco. Eso sí, ellos pueden cobrarte los servicios.

—De acuerdo. ¿Me das tu palabra de que no contarás a nadie lo que yo te diga hora?

—¿A nadie?

—A nadie mientras yo esté vivo, porque si salgo vivo de aquí, lo contaré de mi propia boca.

—De acuerdo, palabra. Sólo si mueres hablaré.

—Hecho.

Waldo Valsetti miró intencionadamente a la Conchito y ésta suspiró.

—Está bien, ya me marcho, pero yo no soy tan buena como Alexandro.

Alargó su mano hacia Waldo, éste sonrió y se quitó el anillo de la esmeralda, poniéndolo en la palma femenina.

—No está muy bien lo que haces, Conchito —opinó Alexandro, moviendo la cabeza.

—Eso no puedes decirlo, chico. Yo cobro por mis servicios y si te fijas en la cama verás que ya los he prestado.

Alexandro miró hacia el lecho y observó que, efectivamente, estaba medio deshecho, con las huellas de haber albergado cuerpos humanos.

La Conchito bajó al salón y encontró a una de las chicas del Selva Night Club que hablaba nerviosamente con dos hombres que vestían de blanco y se tocaban las respectivas cabezas con sombrero. Uno de ellos era más alto y rubio, un norteamericano posiblemente.

—¿Qué pasa, Paulita? —preguntó la Conchito descendiendo por la escalera—. No querrán estos dos caballeros utilizar tus servicios al mismo tiempo.

—Conchito, dicen que quieren revisar todas las habitaciones.

—No sabía que fueran de la policía. Anda y avisa al capitán Martínez.

—Un momento, un momento, no hace falta avisar a la policía —atajó el más bajito.

—Entonces, ¿para qué registrar mi casa; con qué derecho?

—No queremos buscar problemas, sólo andamos tras un tipo muy peligroso, lo digo por vosotras.

—¿Qué clase de tipo, un mata mujeres?

—Algo así. Un tipo un poco más alto que yo, moreno de pelo,

ojos grandes.

—Como ése los hay a millones en nuestro país —rezongó Conchito, acercándosele.

—Ese lleva un anillo de oro con una esmeralda en su mano izquierda.

La mujer apretó en su palma la sortija que acababa de recibir. Si Waldo Valsetti tenía tanto miedo era porque los tipos que le buscaban sí eran muy peligrosos.

—¿Un anillo de oro con una esmeralda grande, dice?

—Sí.

—Pues me habría fijado. Hay mucha pobreza en nuestra nación en los últimos tiempos, y no es bueno llevar sortijas valiosas en las manos para que los que están hambrientos las vean. Es peligroso, hasta te pueden cortar el dedo para quitártela.

—Sí, eso opino yo.

El norteamericano permanecía en silencio junto al otro individuo que iba muy bien rasurado de rostro a excepción del bigote alargado y corto.

—Mira, Conchito, he oído hablar de ti y sé que tienes amigos influyentes y que viene a visitarte gente de mucha plata, pero si no me dices la verdad, alguien te va a dar una cuchillada en la cara para que todos, al verte, se den cuenta de que eres una cualquiera y que no te quieren bien.

—Tengo protectores. Si tú o algún otro me toca, puede salir pinchado.

—Eso faltaría verlo —replicó sonriendo amenazadoramente aquel individuo que no había llegado a pronunciar su nombre—. De todos modos, si el tipo que buscamos anda por aquí, no llegará lejos. Tenemos las calles tomadas, ya aparecerá como una rata aunque sea a comer y, recuérdalo, Conchito, si le escondes, haz que salga pronto o si no… —Ladeó la cabeza negativamente, con aire pseudoacongojado, mientras le tocaba la mejilla con sus dedos.

Los dos sujetos se alejaron hacia la puerta principal del palacete y salieron al jardincillo primero y a la calle después.

—No he podido evitarlo, Conchito, me han hecho venir aquí por el corredor del club. Son unos matones y el norteamericano parece mudo, no suelta palabra.

—Pero, también va armado, Paulita, también va armado. Son pistoleros.

—Tengo miedo, Conchito, no quiero que me tiroteen.

—Nadie va a tirotearte. Anda, anda, vuelve al club y cierra la boca, es la mejor forma de que no fe pase nada.

Paulita, casi gimoteando porque estaba realmente asustada, se alejó por la puerta que conducía al túnel subterráneo en dirección al

club.

La Conchito volvió a subir por las escaleras y se enfrentó con la puerta de la habitación que ella utilizaba, mas la puerta no cedió, el cerrojo estaba pasado por dentro. Llamó con los nudillos.

—¡Eh, chico, chico!

Se abrió la puerta y aparecieron los rostros de Alexandro y Waldo Valsetti.

—¿Qué pasa? —interrogó Waldo, inquieto.

—Han venido unos hombres buscándote, van armados y llevan malas intenciones. Es mejor que te vayas, me han amenazado y no quiero que me den una cortada en la cara.

Waldo se volvió hacia Alexandro, interrogante.

—¿Crees que lograremos llegar hasta, el muelle de pescadores?

—Lo intentaremos. — Alexandro miró a la Conchito y preguntó —: ¿Cuántos son esos sujetos?

—Dos han entrado acá, pero dicen que hay más en la calle y creo que no mentían.

—Nos podríamos quedar aquí hasta mañana —propuso Waldo.

—¡Oh, no, no, acá no! Ellos no han registrado las habitaciones porqué saben que a mi palacete acude gente influyente que podría incomodarse, pero mejor os vais y toma, no la quiero.

Le devolvió la sortija. Waldo miró primero la joya y después a la mujer. Vio miedo en aquellos ojos oscuros que un rato antes habían brillado con fuego sexual.

—De acuerdo, nos vamos. ¿Por dónde podemos salir?

—Detrás de la cocina hay un patio y una tapia que da al callejón.

—Pero el callejón puede estar vigilado y esos tipos tirarán a matar —advirtió Waldo, nervioso.

—Al otro lado del callejón hay otra tapia. Si la saltáis, iréis a parar a una finca muy grande de unos americanos que ahora no viven acá. Sólo vienen de cuando en cuando, podéis atravesarla y saldréis lejos, muy lejos.

—¿Qué te parece, Alexandro?

—Si quieres correr, vamos ahora mismo. Merece la pena salvarte la vida después de lo que me has contado.

Bajaron aprisa las escaleras tras observar la Conchito que no había nadie a la vista, pues resultaba demasiado fácil introducirse en aquel lujoso lupanar viniendo desde el Selva Night Club. Fueron hacia la cocina. Salieron al patio, lo atravesaron, miraron la tapia y Alexandro inquirió:

—¿Podrás saltarla?

—Creo que sí.

—Pues arriba.

Waldo quedó asombrado al ver el prodigioso salto del budoka Alexandro que llegó a lo alto del muro, tocó con las puntas de sus pies el borde y desapareció al otro lado.

Waldo, envuelto en sombras pero destacando por la ropa blanca que usaba, saltó hacia lo alto de la tapia. Se agarró con manos y brazos y se esforzó trabajosamente, percatándose de la diferencia de agilidad con respecto a Alexandro.

—¡Vamos, vamos, arriba! —apremió el joven.

Waldo Valsetti, que siempre se había considerado un hombre ágil, en aquellos momentos se sintió torpe comparativamente con el muchacho que iba a ayudarle a salir de Costa Larga.

Saltó al callejón aunque en realidad era menos que un callejón, un simple camino entre tapias por el que no debía pasar ningún coche; antiguamente cruzarían caballerías sin carruaje.

—¡Arriba, arriba ahora! —pidió Alexandro ayudándole a rebasar la segunda tapia que les introduciría en la finca de los norteamericanos, vacía según la Conchito.

—¡Ahí, ahí! —pudieron oír.

—¡Nos cogen! —se lamentó Waldo, volviendo a sudar como lo hiciera al huir del Selva Night Club y encontrarse dentro del palacete de la Conchito, aquella jugosa hembra algo entrada en carnes y que era más blanda, más dulce y acogedora que un lecho de plumas enfundadas en seda.

El joven Alexandro habría podido escapar de un salto de proponérselo, mas no quiso dejar atrás a Waldo.

Cruzó los dedos de sus manos para que Waldo Valsetti apoyara el pie sobre ellos y de esta forma llegara con facilidad a lo alto de la tapia. Así lo hizo cuando sonaron los primeros disparos.

Los fogonazos hirieron la semioscuridad del callejón, ya que era una noche de gran luna, una noche casi de plenilunio que habría de teñirse en sangre…

Waldo Valsetti llegó a lo alto y miró hacia abajo. Vio a Alexandro ligeramente encogido y los fogonazos que venían por ambos lados del callejón.

—¡Vamos! —gritó, y saltó.

Al caer al otro lado del muro para internarse en los vastos jardines que rodeaban el palacete de los americanos, Waldo escuchó una especie de grito que le sobrecogió, que tensó todos sus músculos, inmovilizándolos, agarrotándolos.

—¡ Kiaaaiiiii!

Alexandro, tiroteado por pecho y espalda, herido de muerte, se elevó sobre las puntas de sus pies. Como si tuviera capacidad para volar, cruzó el aire llevando su diestra por delante en posición mano-espada.

El americano que estaba vaciando la «Browning» de cañón corto contra el cuerpo del joven budoka que encajaba los impactos, aquellos plomos que penetraban en sus carnes que se abrían y reventaban como rosetones sangrantes, no pudo contener aquella fuerza humana, como sí hubiera podido detener a una pantera en pleno salto disparándole y haciéndola caer.

Alexandro había sacado de lo más hondo de su Ki toda su energía vital, una fuerza que desafiaba a la mismísima muerte, retrasándola unos instantes.

El yanqui asesino no estaba preparado para aquella fuerza preparada en Liberty Garden y almacenada en un cuerpo limpio de bajos instintos y la mano-espada entró justo por debajo de la nuez de su garganta. Los dedos penetraron desgarrando, destrozando el cuello limpiamente casi con la efectividad de un hachazo.

Cuando Alexandro cayó sobre el cuerpo del americano rubio, ya estaban muertos ambos; sin embargo, tres tipos más que habían llegado hasta allí, jadeantes, siguieron disparando contra Alexandro para asegurarse de su muerte.

Waldo dejó de oír las detonaciones y comprobando que Alexandro ya no aparecía por la tapia, siguió corriendo entre los arbustos de la lujosa finca desierta.

El corazón le golpeaba con fuerza dentro del pecho, amenazando ahogarle. Era como si el propio corazón se le hubiera atragantado en la boca, asfixiándole. Le inundó una especie de extraña y desgarradora congoja por la muerte del joven; si no la había visto con sus propios ojos, sí la había sentido.

Acababa de conocer a Alexandro, había estado minutos con él, pero de aquel joven había manado una oleada de amistad que le había envuelto y ahora, sabiéndole muerto por salvarle a él, toda la congoja de que era capaz le ahogaba.

CAPÍTULO II

El *Spirit of Samurai* contactó con la torre de control del aeropuerto de la capital de Costa Larga.

La «Piper» pilotada por Moses Pacific Savage inclinó su proa unos grados y comenzó el descenso; tenía vía libre.

El pequeño avión a reacción maniobró con facilidad, abandonando el área marítima y pasó por encima de la colina que dominaba la ciudad y que había quedado rodeada de edificios.

El centro de la capital tenía edificios modernos, altos y atrevidos. Podían verse grandes viales de asfalto y no faltaban las áreas ajardinadas, pero más allá al otro lado de la colina, sin ver el mar, allá donde llegaban los malos olores de los incineradores de basuras, estaban los «ranchitos».

M. P. Savage viajaba con el ceño fruncido; había funcionado la alerta en Costa Larga. A través de mensajes de radioaficionados, anuncios por palabras en los periódicos o llamadas telefónicas, todos los miembros de Liberty Garden se mantenían en contacto. De Alexandro sólo tenía el silencio.

Ricky, el gigante japonés, viajaba en uno de los cómodos asientos y observaba la ciudad desde las alturas. No decía nada; su rostro, como siempre, aparecía bonachón y tranquilo.

El aeropuerto no tenía todo el tráfico aéreo que los gobernantes deseaban, el país no marchaba bien del todo.

Los *tour operator* norteamericanos no hablaban de Costa Larga, preferían enviar sus turistas hacia otras naciones latinoamericanas en las que la publicidad mostraba hermosas chicas casi en cueros, playas hermosas y ciudades limpias que no habían perdido su tipismo.

Los dirigentes del turismo, en Costa Larga, se las veían y deseaban para sufragar tímidas campañas publicitarias para atraer turismo que les proporcionara divisas con las que ir reduciendo la deuda estatal exterior y, por si fuera poco, se provocaban algunas huelgas absurdas que nadie sabía cómo se iniciaban y tampoco cómo terminarían. No, no iban muy bien las cosas allí, pese a que los dirigentes habían sido elegidos por el pueblo, un pueblo que, desgraciadamente, faltaba culturalizar en un elevado tanto por ciento.

Había necesidad de centros escolares y de otros equipamientos indispensables, mas las clases poderosas se las arreglaban para no soltar los impuestos que les correspondía pagar y, de esta forma, las

arcas del Estado continuaban con problemas. No era extraño encontrar a pandillas de adolescentes analfabetos y sin trabajo que se dedicaban a rapiñar haciendo uso de las navajas.

Moses P. Savage no deseaba meterse nunca en políticas ajenas a la que correspondía a su propia nacionalidad. Consideraba que cada país debía escoger su propia política. Estaba seguro de que los gobernantes ponían buena voluntad para que la nación funcionase, pero los grupos de presión no les hacían el juego y esa buena voluntad no podía transformarse en hechos.

La «Piper» tomó tierra con suavidad. Moses P. Savage conocía tan bien sus resortes que en sus manos era como un ser vivo al que guiaba con mimo.

Dejaron el *Spirit of Samurai* en el hangar y pasaron el control de policía y aduana rellenando los formularios de rigor. M. P. Savage y Ricky pusieron «turismo» y a los aduaneros se les ensanchó la cara. Cambiaron un puñado de dólares por pesos en la ventanilla oficial y un taxi les condujo a la ciudad. El taxista miraba de reojo y por el retrovisor a Ricky. Su mole de ciento ochenta kilos de peso y sus dos metros diez de estatura impresionaban y hasta podía ser posible que el asiento del coche cediera un poco.

El taxi les llevó hasta la entrada del Gimnasio Budo. M. P. Savage pagó y él y Ricky se apearon del automóvil, cruzando una verja de hierro. Había una espaciosa zona al aire libre donde podían practicar disciplinas deportivas y luego, existía la edificación propiamente dicha.

En realidad, aquello había sido antes un gran almacén para carga de camiones, transformado, luego, en gimnasio y zona deportiva en general, pues incluso disponía de un par de pistas de tenis. La especialidad del gimnasio eran las Artes Marciales Orientales y eso se notaba con sólo adentrarse en la gran nave de paredes pintadas de verde pálido.

Unos doscientos metros cuadrados estaban acolchados como tatami gigante para que pudieran practicar muchos alumnos a un tiempo, aunque en su centro, con bandas de distintos colores, estaba marcado el tatami con las dimensiones reglamentarias para competiciones.

Pudieron ver a muchachos de ambos sexos vestidos con judogi y practicando Judo y Karate. Ponían buena voluntad, aunque sólo era un pasatiempo para ellos.

Un hombre obeso, que semejaba sudar grasa, se hallaba aposentado en una gran butaca de mimbre de redondeado y amplísimo respaldo. Mientras observaba con ojos mórbidos, fumaba un cigarrillo de baja calidad. Aquel individuo les vio venir y cuando Savage y el gigante japonés se detuvieron frente a él, les preguntó:

—¿Buscan a alguien?

—A Alexandro —respondió claramente Savage.

El hombre se quitó el cigarro de la boca, despacio, sin dejar de mirar a Savage, aunque le había dado una ojeada previa a Ricky.

—Alexandro murió; era mi sobrino, ¿sabe?

—No lo sabía.

—Yo puse mi plata para que pudiera montar este gimnasio. La verdad es que no esperaba que funcionase, pero, ya ve, la gente viene. No es un gran negocio, pero da para ir tirando y eso ya es de agradecer, cuando faltan tantos puestos de trabajo.

—¿Es usted ahora el dueño? —inquirió Savage.

—Eso lo están tratando los picapleitos. Como yo puse la plata y tengo papeles, será mío. ¡Pobre Alexandro, era un muchacho formidable! Oiga, usted no será Savage, por casualidad.

—Sí, soy Savage.

—¡Lo hubiera dicho antes!

El hombre se levantó y le tendió la diestra sudada como todo su cuerpo. Hacía calor, mucho calor, pero aquel hombre transpiraba grasa.

—Me llamo Pedrucho, bueno, no exactamente, pero así me conocen. Les invito a lo que quieran, tenemos mucho que hablar. Alexandro siempre me decía que si había algún tipo formidable en el mundo, ése era Savage. —Miró a Ricky y preguntó—: ¿Es su amigo o su criado?

—Me avergonzaría de mí mismo si tuviera servidores. Es mi amigo y compañero —puntualizó M. P. Savage.

—Claro, claro. Vamos fuera de aquí, no tenemos bar, ¿sabe? Aunque me parece que haré instalar uno, a la gente le gusta charlar en las mesas, contarse sus cosas mientras toman unas cañas o un whisky si pueden pagarlo, claro, porque la vida está cara y los salarios son bajos. Malos tiempos, Savage, malos tiempos.

—¿Convertirá esto en un club al uso para clases de élite?

Pedrucho se encogió de hombros.

—¿Y qué le voy a hacer? Esto es un negocio como cualquier otro.

—¿Lo miraba Alexandro como un negocio? —preguntó Savage.

—Alexandro era... ¿Cómo le diría? Un visionario. No le daba valor a la plata, con poco tenía bastante. Si necesitaba arreglar algo, hablaba a los chicos que vienen a practicar aquí y les explicaba lo que había que hacer. Entre todos lo componían y así le salía barato, pero yo no sirvo para convencer a nadie. A mí no me hacen caso y si he de hacer algo, tengo que pagarlo.

—¿Cómo murió Alexandro?

—Tiroteado. Hay muchos tiroteos en las noches de la capital,

demasiados. Hay hambre, sí señor, y cuando hay hambre debe uno andarse con cuidado para que no le lleven al cementerio por culpa de un tiro o una cuchillada, pero se dice que ya cambiarán las cosas e iremos todos mejor.

—¿Sabe lo que es un canto de sirena?

—Pues, claro, todos lo sabemos.

—¿Y qué es para usted?

—Pues, eso, un canto de sirena. —Se rió estúpidamente.

—Verá, un canto de sirena es lo que oían los antiguos marinos griegos. Se sentían atraídos por las melodiosas voces de las cantoras y cuando ya llegaban y creían que iban a disfrutar con ellas, sus barcos se estrellaban contra las rocas. Eso es un canto de sirena y ahora, dígame algo más sobre Alexandro.

Algo mosca va, Pedrucho arrugó la nariz.

—Yo no puedo contarles más, salvo que le llevamos al cementerio. Si quieren saber más, vayan a la policía. El capitán Martínez fue quien llevó este asunto, es de su distrito.

—Gracias, volveremos por aquí —dijo Savage mirando el gran tatami donde los jóvenes judokas practicaban bajo las órdenes de dos cinturones negros que, posiblemente habían ascendido muy aprisa a tal graduación, más por conveniencia que por conocimientos de la disciplina de la que se habían convertido en monitores.

Salieron del Gimnasio Budo y tomando un taxi, se dirigieron al comisariado del distrito.

El oficial de guardia les recibió suspicaz.

—¿Qué buscan?

—Al capitán Martínez.

—Son ustedes extranjeros, ¿verdad?

—Así es —asintió Savage.

—Los papeles, por favor.

—Ya lo oyes, Ricky, los papeles.

Mostraron sus documentos y el oficial de guardia sonrió.

—Los dos americanos, ¿eh? Pues parecen orientales.

—Somos nacionalizados americanos, no hemos nacido en Estados Unidos.

—Bueno, bueno, lo que manda es el pasaporte. Están ustedes bajo la protección de nuestro gobierno y de la embajada norteamericana. Ahora mismito me comunico con el capitán Martínez y le digo que ustedes quieren verlo.

A Savage no le gustó aquel oficial. El y Ricky habían hablado muy poco. Ricky era consciente de la honda preocupación de M. P. Savage, preocupación que él compartía.

Savage había intuido algo desagradable para la vida de Alexandro. Todos los jóvenes que salían de Liberty Garden, la escuela

de los budokas de Savage, se comunicaban periódicamente por distintos medios y así se sabía siempre de ellos.

No se perdían las pistas y si se necesitaban mutuamente, entraban en colaboración, desplazándose hasta donde hiciera falta. Y si no era así, cada cual seguía el propio camino escogido y realizaba su labor según su forma de ser, como lo había hecho Alexandro, montando aquel gimnasio en el que había ido recogiendo a muchachos a los que preparaba además de darles clases accesorias de alfabetización para que pudieran leer cuantos más libros mejor.

—Pasen ustedes. El capitán Martínez les atenderá.

El capitán Martínez era un hombre seco, de mediana estatura y mirada franca, abierta, sin dobleces. A M. P. Savage le inspiró confianza; nada más verle tuvo la seguridad de que aquel oficial de la policía era honesto consigo mismo y con sus deberes profesionales.

—El capitán Martínez a su disposición, caballeros, tomen asiento —les dijo. Su voz era fuerte, algo oscura y con el acento propio de los latinoamericanos.

—Verá, capitán Martínez, venimos preguntando por un amigo. Nos han dicho que murió y que si queríamos saber más de él le preguntáramos a usted.

—Si en algo puedo ayudarles, lo haré, no les quepa duda. ¿Son ustedes parientes? —preguntó, mirando a Ricky que desbordaba la silla con su humanidad.

—No, ¿verdad, Ricky?

—No, no, pero me-mejor que si lo fue-fuéramos —dijo con su habitual tartamudeo siempre que no hablaba japonés.

Moses P. Savage clavó sus ojos verdes y brillantes en el capitán de la policía y dijo:

—Un joven llamado Alexandro murió tiroteado. ¿No es cierto?

A Savage no se le escapó que el capitán Martínez estiraba su rostro, ya de por sí alargado y oscuro de piel; puso cara de amargura.

—Era un excelente muchacho, yo había tenido muchas pláticas con él, ojalá todos nuestros jóvenes fueran como él.

—Alexandro era como un hermano para nosotros, convivimos bastante tiempo.

—¿Ustedes ya han vivido en Costa Larga? —preguntó el policía.

—No, fue en otro lugar —respondió Savage, refiriéndose al tiempo que Alexandro pasara en Liberty Garden, formándose como budoka, como tantos otros muchachos y muchachas que seguían en aquel lugar secreto, guiados por los *senseis*[2] que habían educado, en gran parte, al mismísimo Moses Pacific Savage, un lugar donde religiones, políticas y modos de pensar no entraban en conflicto porque, por encima de todo, estaba el amor, el respeto al prójimo y la exclusión de cada uno de los egoísmos que convertían al hombre en

un ser miserable.

—Pues sí, fue tiroteado, debieron ser varios. El forense le sacó catorce plomos del cuerpo.

—¿Una venganza personal?

—La investigación prosigue y la marcha de la misma no puede comunicarse al personal civil y menos si son extranjeros como ustedes. Créanme, no es nada personal.

—Lo que quiere decir que el caso está oscuro y que tiene muy pocas posibilidades de descubrir a los asesinos.

—Compréndalo, no siempre se tiene éxito en las investigaciones. A veces pasan años hasta que se detiene al culpable o, como en este caso, a varios culpables. No sabíamos que tuviera enemigos.

—¿No hay ni ligeras sospechas de quién pudiera tener algo en contra de Alexandro?

—No. Hemos investigado, pero no hemos aclarado nada. En ocasiones, la gente prefiere callar.

—¿Política?

—Tenemos muchos problemas con la gente que quiere hacer política con las pistolas, pero no, no creo. Quizá Alexandro descubrió algo y lo hicieron callar a tiros.

—¿Dónde lo mataron?

—En un callejón que está en la fachada posterior de un palacete que se halla junio al. Selva Night Club, quizá salió por detrás del club, no sabemos bien. Sí puedo decirle, en plan confidencial, que Alexandro tenía los dedos manchados de sangre.

—Ya. Supongo que con catorce plomos tendría sangre por todas partes.

—Es que el médico forense aseguró que la sangre de sus dedos no le pertenecía.

—¿En los dedos, dice?

—Sí.

—¿Podría explicarme mejor cómo estaba la mano manchada? —interrogó Savage, vivamente interesado.

El capitán Martínez mostró su propia mano y señaló desde los nudillos medios hasta las uñas.

—Así, más o menos.

—Eso quiere decir que pudo aplicar una tegatana a alguno de sus agresores.

—¿Una qué? —preguntó el capitán Martínez, sin comprender.

—Tegatana. Traducido es mano-espada, un golpe de Karate. Si tenía los dedos manchados de sangre es que hizo mucho daño a su agresor.

—No encontramos a nadie más, aunque en el suelo había mucha sangre.

—Debieron llevarse al herido o al muerto para que no se descubriera su identidad.

—Hemos considerado esa posibilidad, pero no ingresó nadie sospechoso en los hospitales. Ningún médico denunció a un herido sospechoso, aunque sería engañarse creer que todos los médicos respetan las leyes.

—Pudieron hacerlo desaparecer.

—Es verdad, pero tampoco hemos encontrado ningún cadáver.

Como si de pronto el capitán Martínez se diera cuenta de que estaba hablando demasiado debido a que los dos visitantes le inspiraban confianza, decidió concluir.

—No puedo decirles más. La investigación seguirá hasta que encontremos a los culpables de la muerte de Alexandro. No daremos el caso por cerrado, yo mismo tengo un especial interés en encontrarlos, aunque esté mal que lo diga porque la ley debe excluir personalismos, pero es que estoy seguro de que si lo mataron no fue porque Alexandro hiciera nada sucio.

—Nosotros también estamos seguros, capitán. Mientras mi amigo Ricky y yo estemos en Costa Larga seguiremos en contacto con ustedes.

—Como gusten. No se metan en líos, me vería obligado a arrestarles e iniciar su expulsión de nuestro país.

—No se preocupe, capitán, estamos aquí como turistas, sólo que hemos querido visitar a un amigo y ha sido imposible.

—Sólo podrán encontrarlo en el cementerio. Pregúntenle a su tío, un tal Pedrucho; él les indicará el lugar exacto donde tiene su sepultura.

—A Pedrucho ya le conocemos. En cuanto a la tumba, será visitada, descuide.

Salieron de la comisaría. Ya en la calle, Ricky preguntó:

—¿Adónde va-va-vamos?

—A visitar el callejón del que nos ha hablado el capitán Martínez; después iremos al hotel.

—¿Y a co-comer no?

—Sí, claro, a comer también.

Llamaron a un taxi al que pidieron:

—Llévenos al Selva Night Club.

—Si no abren hasta la noche…

—Es igual, llévenos ahora —le pidió Savage.

El coche arrancó mientras el chófer se encogía de hombros.

CAPÍTULO III

La última planta del Hilton Hotel de Costa Larga estaba contratada total y exclusivamente a nombre de Bárbara Mills., representante máxima de la Ocean Petrol Company.

Mientras se realizaban prospecciones petrolíferas en aguas territoriales de Costa Larga, la compañía petrolera había montado su cuartel central en el Hilton Hotel, puesto que no era seguro que fuera a establecerse en el país.

Por lo que parecía, momentáneamente sólo efectuaba sondeos. Una inversión muy arriesgada, según comentaban los americanos de la compañía a las autoridades de Costa Larga, ya que se invertía mucho dinero con el riesgo de no encontrar nada.

La Ocean Petrol Company había comprado las opciones de todas las posibles prospecciones petrolíferas y a ello se dedicaba con dos grandes torres que iba trasladando de un lugar a otro de la costa, sin prisas, trabajando con técnicos americanos, alemanes y árabes y personal más o menos cualificado e internacional, aunque se empleaba, también, a algunos hombres del propio país para no tener roces con el gobierno que podía acusarles de segregacionismo sospechoso.

Como era de suponer, la Ocean Petrol Company no tenía todo su peso específico allí en Costa Larga. Sus investigaciones petrolíferas, la extracción del crudo en pozos que rendían ya al cien por ciento y refinerías completas, se repartían por los cinco continentes. No era una de las petroleras de primera línea mundial, pero sí de segunda fila y esperaba pasar a la primera.

La plañía superior del Hilton poseía diez habitaciones y cuatro *suites,* tres de ellas con terraza dominando gran parte de la ciudad y la cuarta con una terraza mucho más amplia con vistas a la playa y piscina propia. Era una piscina pequeña pero que suponía un gran lujo. Aquella *suite* la ocupaba la norteamericana directora general del Proyecto Costa Larga, aprobado por el consejo superior de administración de la compañía petrolera con sede oficial en Houston, Texas.

Si había suerte en Costa Larga, levantarían un edificio propio en la ciudad e, incluso, construirían una refinería petrolífera y muelles petroleros capaces para grandes buques, aunque todo aquello sólo eran proyectos en el aire, pese a que ya un equipo de arquitectos e

ingenieros trabajaba en ello, buscando los lugares más idóneos para las futuras construcciones.

No obstante, los meses pasaban y el gobierno de Costa Larga sólo recibía noticias negativas respecto a la posibilidad de hallazgos petrolíferos que pudieran sacar a la nación del subdesarrollo y pagar todas sus deudas, ahuyentando la tragedia del paro y hasta la posibilidad de un golpe de Estado contra la democracia republicana que predominaba por deseo popular.

Bárbara Mills era una mujer ambiciosa que había sabido subir aprisa. No tenía aún los treinta años y era mimada, obedecida y temida por los hombres de la petrolera y cuantos tenían que ver con la compañía.

Un tío suyo, dueño de un importante paquete de acciones, la había hecho entrar en la compañía como secretaria de dirección, mas ella era ingeniero, de lo que no tardó en dejar constancia. Pronto se ganó la confianza de la alta ejecutiva del consejo de administración. Era una mujer esbelta, alta, elegante, muy hermosa y fría, siempre dueña de sí misma, lo que la hacía muy válida para empresas elevadas. Nadie había conseguido engañarla y pese a que muchos se disputaban su compañía, ninguno podía vanagloriarse de haberse acostado con ella. Bárbara Mills, pese a no desear hacerse popular en Costa Larga, había tenido que asistir a innumerables actos públicos y fiestas de la alta sociedad, especialmente invitada en las mansiones de los multimillonarios y poderosos del país que no dejaban de demostrar que se hallaban en desacuerdo con el gobierno reinante. Lo que les interesaba a ellos era una buena amistad con los americanos y Bárbara Mills se veía agasajada y mimada.

Había recibido multitud de peticiones, pero sabía cómo quitarse de encima a los pelmazos especuladores, ya que contaba con tres hombres muy especiales: Michael, su guardaespaldas personal y jefe del grupo de guardaespaldas que la compañía tenía en el grupo de Costa Larga; luego, Frank Trattore, el cerebro gris y al que la propia Bárbara Mills temía, aunque no quería demostrárselo. Había oído rumores de que era un miembro importante de la organización mañosa metida en cuña en el mundo del petróleo. Y por último, estaba el honorable Riodondo, un poderoso multimillonario, industrial y latifundista de Costa Larga que tenía muchas posibilidades de hacerse con el poder total en el país.

El grupo de los poderosos seguía a Riodondo, pues estaban seguros de que jamás haría nada que pudiera perjudicarles. Aquéllos eran los tres hombres que siempre envolvían a Bárbara Mills, protegiéndola, y aún había un cuarto hombre de confianza del honorable Riodondo, un tipo de bigote muy recortado y largo llamado Huberto Álvarez al que apodaban el Cóndor.

Bárbara Milis sabía que este personaje (que le había sido presentado pero con el que no había mantenido ninguna conversación larga) tenía contactos y entrevistas con Frank Trattore.

Sonó el timbre del teléfono blanco, pues tenía tres sobre la mesa y cada uno de color distinto.

—¿Diga?

—Señorita Mills, el subsecretario de presidencia del gobierno está al aparato —le dijo la telefonista.

—Bien.

—Buenos días, señorita Milis.

—Buenos días, señor subsecretario —respondió ella, sin interés.

—Verá, estoy preparando una memoria para presentar a la consejería de presidencia y como este mes no he recibido de la petrolera que usted tan magníficamente dirige ningún informe...

—Sí, ya sé que cuando contratamos das opciones nos obligamos a entregarles informes mensualmente sobre los trabajos llevados a cabo. Me enteraré a qué se ha debido el retraso en la entrega de ese informe y le será remitido en breve, aunque me temo que no va a encontrar nada nuevo. Para nosotros, estas prospecciones están resultando una sangría; diría más, una hemorragia de dólares de la que no creo que podamos recuperarnos jamás.

—¡Oh, no diga eso, señorita Mills! Si encuentran un buen yacimiento, podrán enjugar todos los gastos habidos.

—¿Quiere usted decir, con ese setenta por ciento que hemos de entregar al gobierno? Tenga en cuenta que la petrolera expone sus dólares en las prospecciones y todo va a nuestro cargo, no vamos a hacer mucho negocio.

El latinoamericano, con cierto cuidado, puntualizó:

—Ustedes entregarían el setenta por ciento de los beneficios al Estado propietario de los yacimientos, lo que redundaría en beneficio de la economía de nuestro pueblo y es lógico que sea así. Nuestro suelo y aguas jurisdiccionales son patrimonio de Costa Larga y en todos los países sucede lo mismo. Estados Unidos, precisamente, no son una excepción,

—No, claro que no son una excepción, pero nosotros nos estamos arriesgando y ustedes esperan sin gastar sus dólares.

—No será tan malo cuando había varias petroleras dispuestas a arriesgarse.

Bárbara Mills estaba acostumbrada a que la mimaran, la agasajaran, especialmente en Costa Larga, y aquel ejecutivo que gozaba de la confianza del presidente consiguió irritarla al puntualizarle las cosas con mucho tacto pero no exento de fina ironía.

—Volviendo al tema por el cual ha llamado, no tenemos noticias todavía. Es algo que nos apena a todos, supongo.

—Naturalmente, pero ¿hay vestigios con posibilidades?

—No, por ahora. Estamos trasladando la plataforma doscientas millas más al nordeste para practicar otro sondeo.

—Pero algún rumor se hizo correr de que habían encontrado algo.

—¡Ah, sí, claro! Ya tendrá todos los datos al respecto. Bituminosas en aguas profundas, a dos mil metros de perforación en el subsuelo marino, un fracaso. Salieron las bituminosas fluidas por la tubería de perforación, pero luego, al enfriarse, se comprobó que estaban cargadas de azufre; no eran rentables.

Hubo un tenue suspiro de desaliento al otro lado del teléfono.

—Bien, esperaré el informe correspondiente, que espero no se retrase en las siguientes ocasiones.

Cuando la mujer colgó el teléfono, se percató de que no estaba sola en el despacho. Frank Trattore estaba allí; él era el único personaje que podía entrar en aquella estancia del Hilton Hotel habilitada para despacho de Bárbara Mills.

—¿Están pidiendo petróleo?

—¿Tú qué crees?

—Que se están ahogando, necesitan el petróleo para respirar —sonrió Frank Trattore, un hombre que vestía de forma impecable. Traje de seda, reloj «Rolex», camisa nívea y cabello ligeramente ondulado y abrillantado con unas canas que semejaba mimar. Era hijo de italianos, nacionalizados norteamericanos, y había sabido triunfar, si es que podía llamarse triunfar a conseguir el dinero y tener la conciencia sucia de sangre.

—Sí, pero el petróleo saldrá cuando nosotros queramos, no cuando a ellos les interese. Por cierto, ¿qué hay de ese Waldo Valsetti?

—Seguro que no ha podido abandonar el país. Se esconde como una rata, pero lo encontraremos.

—¿Y si habla?

—No será fácil. Tenemos controlados los medios de comunicación, la radio, la televisión; no podrá hablar. Hay hombres que vigilan, incluso, las embajadas extranjeras. Si aparece lo llenarán de plomo.

—No quiero que nos veamos comprometidos.

—No, si en realidad no somos nosotros quienes lo controlamos todo sino Riodondo, sus secuaces y sus amigos que quieren hacerse con el Poder. Ellos son los principales interesados en que Waldo Valsetti no escape. Controlan las navieras, el campo de aviación; en fin, va a ser muy difícil que consiga huir. Ese tipo estará muy asustado y no sabe en quién confiar. No se atreve a acudir a la policía porque sabe que algunos miembros en el fondo, son servidores del honorable Riodondo.

—Estúpido Valsetti... —Contrariada, Bárbara dio un puñetazo sobre la mesa.

—No hay que preocuparse demasiado. Me han llamado para decirme que el Cóndor ha encontrado a un tipo que había tenido escondido a Waldo Valsetti.

—¿Han podido sacarle dónde se esconde? —inquirí vivamente interesada, la directora general de la Ocean Petrol Company en Costa Larga.

—Deben estar interrogándole en estos momentos.

Tal como acababa de anunciar Frank Trattore, Huberto Álvarez, alias el *Cóndor,* estaba con varios de sus secuaces interrogando a un hombre que, supuestamente había escondido a Waldo Valsetti en el Barrio de Pescadores.

Benítez había sido pescador en su juventud hasta que un desgraciado accidente con una soga le había hecho perder la mano a la altura de la muñeca. Benítez llevaba una prótesis de acero; tres ganchos mediano y separados adecuadamente entre sí, que le eran muy útiles para el movimiento de cajas de hielo y pescado, un trabajo igualmente pesado pero que no le obligaba a salir a la mar. Por lo tanto, Benítez poseía una libertad de movimientos que no tenían sus amigos que se hacían a la mar para conseguir pesca de bajura.

Benítez, en su tiempo libre, pues el trabajo pesado no le ocupaba más de dos o tres horas al día, solía frecuentar dos o tres bares en concreto y también realizaba encargos para sus compañeros que se hallaban en el mar. Benítez era apreciado en el barrio y se había especializado en rellenar impresos oficiales que redactaba con su mano izquierda con la que había conseguido aprender a escribir.

En aquellos momentos, Benítez no estaba en buena situación. El Cóndor y tres hombres más se habían metido en su casa, empujándole, avasallándole.

—Mira, Benítez, nos vas a decir dónde está ahora Waldo Valsetti —rezongó el Cóndor tocándole la frente con su dedo índice, amenazador.

—¿Waldo Valsetti? No sé de quién me habla. El Cóndor le abofeteó con dureza, dañándole y humillándolo.

Benítez, un hombre ya metido en la cuarentena, tuvo impulso de levantar los ganchos que hacían las veces de la mano que le faltaba; mas el Cóndor, dándose cuenta de la intención, le sonrió sin temerle y dijo despectivo:

—Vamos, intenta golpearme, hazlo.

Lentamente, del interior de la chaqueta sacó una pistola ya equipada con silenciador.

—¡Yo no sé nada de ese hombre, no lo sé!

—Nos hemos enterado de que Waldo Valsetti ha estado aquí, en

tu casa.

—No, no recuerdo... Aquí viene mucha gente, yo les lleno los impresos —tartamudeó Benítez.

—¡Levántate! —ordenó a punta de pistola el Cóndor, un individuo ni alto ni fornido…un hombre que era todo malicia, de rostro perfectamente rasurado a excepción del recortado y cuidado bigote.

Benítez obedeció mirando con miedo la pistola que le apuntaba.

—¿Y por qué tendría yo que conocer a ese Valsetti? No conozco a ningún pescador con tal nombre.

—¡Date la vuelta y mira a la pared:

Cuando Benítez obedeció, el propio Cóndor le dio un patadón en el trasero que lo envió hacia delante. Antes de llegar a la pared, fue cogido por los brazos por dos de los hombres del Cóndor que le ayudaron a llegar hasta la pared, golpeándole con la cabeza.

—¡Sacudidle un poco la cabeza para que haga memoria!

Cogido por los brazos a derecha e izquierda por los secuaces del Cóndor, Benítez no pudo evitar que su cabeza y su rostro golpeara una y otra vez contra la pared, produciendo unos ruidos sordos.

La sangre comenzó a fluir por su nariz, por los pómulos, por la boca, por su frente donde se habían abierto un par de cortes. Benítez emitió quejidos de dolor y después dobló la cabeza, medio atontado.

—¡Refrescadlo un poco, quizá haya recobrado ya la memoria!

Lo dejaron caer al Suelo. Uno de los hombres fue a la cocina y llenó un jarro de agua. Acercándose a Benítez, se lo arrojó sobre el rostro y la cabeza.

Benítez sacudía la cabeza cuando se abrió la puerta y entró otro de los secuaces del Cóndor llevando a una joven morena y hermosa, pletórica de vida y turgencias femeninas. La muchacha miró preocupada a un lado y a otro hasta descubrir a Benítez en el suelo, mojada su cabeza de agua, con sangre medio disuelta y otra manándole.

—¡Papá!

Benítez movió los ojos como si no consiguiera ver bien y reconoció a la muchacha que aún no había llegado a los veinte años.

—¡Magdalena, hija, márchate!

—¡Papá, papá! ¿Qué te han hecho?

—¿Qué, Benítez, recuerdas ya donde está Valsetti? —preguntó el Cóndor sin preocuparse de ocultar la pistola con silenciador que empuñaba. Se volvió hacia el hombre que se hallaba detrás de la chica y ordenó—: ¡Sujétala!

—¡No la toquen! —gruñó Benítez que se sentía muy mal, dolorido y con deseos de escupir. Aún no se había percatado de que le faltaban dos dientes.

—¿Dónde está Valsetti? —insistió el Cóndor, que no se daba por vencido.

—¡No lo sé, no lo sé!

—Pero ¿estuvo aquí?

—¡Sí, sí, pero yo no sabía nada sobre él, no lo sabía!

—¿Qué quería?

—No lo sé, me pagó por una habitación y luego se marchó.

—¡Mientes! —Y le propinó una patada en la cara que envió a Benítez contra la pared, ahora de coronilla.

—¡¡Asesinos!! —gritó Magdalena.

El Cóndor se acercó a la muchacha. Levantó su mano izquierda y la puso sobre el escote de la joven. Haló hacia abajo con tal fuerza que rasgó el vestido, medio desnudándola.

—Si no hablas, la chica va a pasar un mal rato o un buen rato, según como se mire. Hay que admitir que está muy bien dotada de pechos.

—¡Canallas, canallas! —escupió Magdalena sin poder sostener su vestido.

—Está bien, está bien —aceptó Benítez levantando la mano.

—¡Suéltala! —ordenó el Cóndor.

Soltaron a la muchacha, que se apresuró a taparse.

—Papá, no tengas miedo por mí.

—¡Déjenla marchar! —pidió Benítez.

—Tú no pones condiciones aquí.

—Si no se marcha, no hablo.

El Cóndor hizo un movimiento de cabeza a uno de sus hombres. Este, en vez de dejar marchar a Magdalena, la introdujo más en la casa y le arrancó el resto del vestido, estirándoselo por la espalda.

—¡Canalla, suélteme!

La mujer tuvo una furiosa reacción, mientras aquel tipo trataba de cogerla por entre las piernas para arrancarle las braguitas oscuras que llevaba.

En aquellos instantes se hallaban junto a la cocina La muchacha conocía muy bien aquella dependencia en la que desde muy niña había estado haciendo las comidas para su padre y para ella misma, por ello no le costó nada hacerse con un cuchillo. Sin vacilar, empujada por su desesperación, lo hundió en el estómago de su atacante que abrió la boca, sorprendido, llevándose la mano a la empuñadura del cuchillo que sobresalía de su cuerpo.

—¡Maldita! —masculló el Cóndor.

Encañonó a la muchacha, disparándole dos veces. En su cuerpo casi desnudo, Magdalena sintió los dos impactos. Dos agujeros aparecieron en su tibia piel mientras caía hacia atrás, golpeándose contra la cocina.

La joven vida de aquella muchacha, que apenas unos minutos antes caminaba sonriente por las calles del Barrio de Pescadores, se veía truncada brutalmente por los balazos disparados por el Cóndor, un hombre que silenciaba por la vía rápida todo lo que podía molestarle a él o al honorable Riodondo.

—¡Maldito! —rugió Benítez fuera de sí al ver caer a su hija.

El Cóndor tuvo suerte de que uno de sus hombre; hiciera la zancadilla a Benítez, pues, de lo contraríe los garfios de acero se habrían hundido en su rostro sin embargo, viendo venir el peligro, el Cóndor disparo dos veces y los zumbidos, casi simples taponazos, segaron también la vida de Benítez mientras en el suelo se retorcía gimiendo el secuaz del Cóndor que tenía el cuchillo clavado en el estómago en dirección ascendente

—Lo siento, no te vas a salvar, morirás de todas formas.

El secuaz del Cóndor miró a su jefe con los ojos desorbitados, mientras era apuntado por la pistola. Luego otro zumbido y quedó con los ojos abiertos y un orificio entre ambos.

—Tú, trae dos kilos de chicle ahora mismo —ordenó a uno de los hombres que estaban más cerca de la puerta.

—¿Dos kilos? Es mucho —objetó.

—Cállate y trae lo que te digo, vamos, rápido, con un detonador.

El Cóndor aguardó a que su secuaz le trajera dos kilos de goma-2. Se acercó al hombre al que acababa de rematar y, tras quitarle la cartera, le colocó la pastilla de goma-2 sobre el estómago, junto al cuchillo. Hundió el detonador en la masa moldeable del explosivo y ordenó:

—Traed al padre y a la chica, cruzadlos sobre éste

Pusieron los tres cadáveres juntos y el, explosivo quedó casi oculto. Al Cóndor le pareció bien tal como estaba y ordenó:

—Vámonos.

Salieron de la casa, una vivienda de una sola planta como la mayoría del Barrio de Pescadores, casitas unifamiliares apenas separadas unas de otras.

Subieron a un lujoso y gran coche de importación norteamericana y el *Cóndor,* aposentado en el asiento posterior, ordenó:

—¡Arranca!

Avanzaron dos, o quizá trescientos metros, cuando el Cóndor volvió a pedir:

—¡ Para!

Una vez se hubo detenido el coche, Huberto Álvarez, alias *el Cóndor* pulsó un botón y se bajó el cristal de la ventanilla que tenía a su derecha. Tomó en su mano un pequeño aparato emisor con una antena corta que poseía un seguro y un pulsador rojo. Quitó el seguro

y sacó la mano fuera del coche para que la onda que tenía que emitir se propagara sin interferencias. Apretó d botón rojo.

Se escuchó claramente el fragor de una violentísima explosión.

El hombre que iba al volante, a través del espejo retrovisor, vio volar los pedazos de la casa en medio de una gran humareda.

—No va a quedar ni rastro. Creo que también han caído varias casas de los alrededores.

—Vámonos —ordenó el Cóndor.

El auto reanudó la marcha mientras la gente salía a la calle para averiguar lo sucedido y corría hacia el lugar del siniestro.

Santaolaria, el propietario del bar al que solía acudir Benítez, observó con el ceño fruncido el alejamiento del lujoso automóvil.

CAPÍTULO IV

Moses P. Savage sólo tuvo que empujar la verja del pequeño jardín que rodeaba parte del palacete para que ésta cediera con facilidad. Se acercó a la puerta del edificio y tuvo que llamar con el avisador de campanillas electrónicas. Tras un par de minutos de espera, quizá tres, se abrió la puerta, como no dando importancia a mirar, previamente, a través de la celosía.

Unos ojos calientes observaron a Savage, primero al rostro, luego al cuerpo. Fue una mirada larga, de arriba abajo. Después, la boca gordezuela, jugosa casi siempre, le invitó a pasar.

—Adelante.

—Creí que me ibas a poner en el medidor de altura.

—Eres muy alto y algo delgado, aunque tus hombros son anchos. Eres un tipo vigoroso y atlético. Tus ojos son francos, me gustan. ¿Cómo te llamas, guapo?

—Llámame Savage. ¿Tú eres la que llaman la Conchito?

—Ajá —cerró la puerta—. Puesto que me has encontrado, vamos ya a mi habitación. Tengo el presentimiento de que voy a pasar un rato inolvidable contigo.

M. P. Savage sonrió irónico y preguntó:

—¿Acaso tus ojos ven a través de la ropa?

—Tienes cara de saber mucho de amor, Savage, eso se nota en los ojos. Niégame si puedes que has amado a muchas mujeres y has sabido hacerlas gozar por todo lo alto.

—No me gusta mentir. Mejor hablamos de lo que me ha traído hasta este palacete.

—Eso podemos hacerlo en mi habitación. Palabra que si eres excepcional tendrás a cambió una acogida excepcional, guapo.

—¿Acogida excepcional? ¿Es lo que ofreces a los visitantes que te caen bien?

—Bien, no, han de ser superiores, sólo uno de vez en cuando. Para esas circunstancias, la Conchito reserva secretos que no ofrece a nadie más, todo depende de lo que tú seas capaz de resistir.

—¿ Acaso eres como Mesalina?

—¿Mesalina? No sé a qué me suena eso.

—Mesalina era la esposa del emperador romano Claudio I. Cuenta la historia que después de hacer el amor y a lo grande con un buen número de soldados aguerridos, dijo que estaba cansada pero no

satisfecha.

—Vaya con la romana... ¿Y lo pasaba bien en cada ocasión?

—No lo sé, eso sucedió hace casi dos mil años.

—Entonces, la pobrecita estará va en los puros huesos. Vamos arriba, no sé por qué pero me estás pareciendo muy frío, aunque por eso no te preocupes, yo me encargaré dé que el muñequito sea gracioso muy pronto.

—Quieta —pidió Savage, impidiéndole subir la escalera que conducía a las habitaciones.

—¿Qué pasa, no tienes plata? No te preocupes por eso, hay tiempo para hablar de ello,

—No, yo nunca he pagado por amar.

—En ese caso seré yo quien haga una excepción, ya que parece que va a valer la pena.

—Escucha bien lo que te voy a decir.

Con un suspiro de paciencia, ella aceptó:

—Escucho.

—Yo tenía un amigo, se llamaba Alexandro.

—¿Alexandro? —repitió, y a Savage no le pasó desapercibida una ligera palidez en el rostro femenino pese a lo maquillada que iba.

—He hablado con el capitán Martínez y me ha dicho que a mi amigo lo mataron a tiros en ésa especie de callejón entre tapias que hay detrás de este palacete.

—Es cierto, hubo un tiroteo, pero yo no sé nada, estaba ocupada en aquellos momentos y a un cliente no se le puede dejar esperando sin pantalones, se enfrían.

—He estado en el callejón, observando. Hay infinidad de huellas que no se pueden definir. Como es lógico, ha estado la policía y cuantos hayan pasado por ahí antes que yo, pero he mirado las tapias con atención y tengo la impresión de que. Alexandro no saltó al callejón desde la tapia del *night-club* que hay aquí al lado, sino desde la tapia de este palacete.

—Pudo pasar del Selva Club hasta aquí y luego saltar.

—Es una posibilidad, pero tengo la impresión de que salió de aquí y si le dispararon en el callejón es que lo esperaban, que sus asesinos sabían que Alexandro estaba aquí.

—No sé nada, no sé nada — repitió ella perdiendo la seguridad que antes demostrara.

—Lo que me pregunto es por qué querrían tirotearlo. Alexandro era un muchacho noble, dispuesto a ayudar a todos.

—Es cierto lo que dices, Savage. Yo conocí a Alexandro.

—¿Venía mucho por esta casa? —inquirió Savage, aprovechando la espontánea confesión de la Conchito.

—No, no como cliente. Era un chico muy suyo, aunque sí tenía

romances con chicas. Era como tú en eso de hacer el amor, no quería que fuera pagando.

—Te aseguro que no es por tacañería.

—Ya lo sé, ya lo sé.

Volvió a suspirar, ahora más fuerte. Incluso se elevaron sus redondos y manoseados hombros, aquellos hombros sobre los que tantas y tantas manos masculinas se habían posado, lo mismo que en el resto de su bien cuidado cuerpo, entrado en apetitosas carnes al decir de los que frecuentaban el lujoso palacete.

—Eres americano, ¿verdad?

—Ciudadano del mundo con pasaporte norteamericano, si es lo que preguntas.

—Es lo mismo, tú eres de los qué pagan en dólares o mejor, que cobran en dólares.

—Cobro en lo que me pagan, pero eso no viene a cuento ahora.

—¿De veras eres amigo de Alexandro?

—¿Cómo puedo probártelo?

—Lo cierto es que me recuerdas a Alexandro. Tu mirada franca, tu esbeltez, esa extraña elasticidad, en fin, seguro que eras amigo suyo.

—No tengas miedo de mí, no voy a hacerte nada; además, no pertenezco a la policía. Sólo he venido preguntando por un amigo que ha muerto a tiros y la policía no sabe quién lo ha matado.

—Sí lo sabe.

—Pues el capitán Martínez me ha dicho que no.

—No abrirá la boca mientras no tenga pruebas. El capitán Martínez es un buen policía, ya lo creo que sí. Anda, sígueme a mi despachito y allí platicaremos mejor.

Savage la siguió, no hacia lo alto de la escalera, sino hasta una puerta cerrada y que la mujer franqueó con una llave que llevaba consigo. .

Abrió y entraron en un despacho pequeño, pero acogedor y lleno de cosas. Recuerdos fetichistas, muñecos de peluche, figuras de cerámica y madera y algunas novelas románticas. La mujer cerró la puerta y luego se arrellanó en una butaca tras una mesita redonda.

—Anda, siéntate y beberás un trago.

—De acuerdo —aceptó Savage.

—Fúmate un cigarro, son de La Habana.

—No, gracias; no tengo nada contra Fidel, pero no fumo.

—¿Ninguna clase de tabaco?

—Ninguna, ni cigarrillos americanos ni rusos, nada.

—Ahora caigo, Alexandro tampoco fumaba. Vosotros sois de los que no os ensuciáis por dentro, por eso tenéis mucho fuelle a la hora de aguantar.

—Es posible —admitió Savage—. El tabaco no beneficia en absoluto.

—Pero ayuda a pasar el rato —objetó ella.

—Sí, a quien no sabe qué hacer con sus manos o controlar sus nervios.

—Bien, bien, no discutamos. A ti no te importa que fume yo, ¿verdad?

—No, puedes fumar lo que quieras, tu vida es tuya.

La Conchito preparó un cigarrillo al extremo de una boquilla y lo encendió al tiempo que comentaba:

—Después de todo, no tengo ningún interés en llegar a vieja.

Dio unas chupadas al estilo femenino, es decir, sin meter el humo dentro del cuerpo, sin pasar de la garganta, y después se decidió a hablar de cuanto interesaba a Savage.

—Alexandro estuvo aquí aquella desgraciada noche. Te diré unas cosas si me das tu palabra de que no harás que me maten yéndote de la lengua.

—Palabra que no té buscaré problemas.

—Creo en tu palabra; otra cosa sería que tú creyeras en la mía. Alexandro estuvo aquí para ayudar a un tipo que estaba muy asustado y que decía que lo iban a matar.

—¿Un hombre que decía que lo iban a matar, y por qué?

Una vez más, la Conchito se encogió de hombros.

—No lo sé. Decía que lo iban a matar y sudaba como un condenado a muerte. Creo que si no se metió en el retrete con diarrea debió ser porque llevaba las tripas vacías, pero tenía muy mala cara.

—¿Quién era ese hombre?

—Un tal Waldo Valsetti, el nombre lo recuerdo bien. Quería huir de Costa Larga sin ser visto.

—¿Le perseguía la policía, acaso?

—No; decía que la policía no, pero otros, sí. Ya sabes, hay organizaciones con mucha gente y cosas de política que yo no entiendo.

—Sigue. ¿Qué más pasó?

—Alexandro dijo que si sabía de qué se trataba le ayudaría a escapar.

—¿Y se lo contó?

—Parece que sí, porque estuvieron encerrados en una habitación hablando. Lo mejor para mi cuello era no enterarme de nada, me di cuenta en seguida cuando oí los disparos en el callejón. ,

—Por lo que parece, Alexandro decidió ayudar a Waldo Valsetti.

—Así es y los dos saltaron por la tapia para luego cruzar el callejón y saltar a la finca de los americanos que está al otro lado. Alexandro le quería llevar con los pescadores, a los que conoce muy

bien. Ellos le ayudarían a salir de Costa Larga.

—¿Y no puedes decirme nada más de ese *Valsetti?*

—Pues que tenía más de cuarenta años y por el aspecto de su cara debía haber pasado una larga temporada en el mar como marino, aunque él me dijo que no era marino. Me lo encontró en el saloncito, como estábamos antes. El había llegado del Selva Club.

—¿Se puede venir del Selva Club a este palacete sin pasar por la calle?,

—Sí. Tenemos un corredor que parece de hotel para que no sea lúgubre, pero va bajo tierra. En realidad, tenemos un pacto el propietario del club y yo. Mis clientes le sirven a él y sus clientes me sirven a mí. Las chicas de alterne, si a ellas les parece bien y apresan a alguna buena palomita, cruzan el corredor y ya tienen un nido donde nadie les molesta.

—Comprendo, pero sigue, dime algo más de ese Waldo Valsetti.

—Tenía miedo y llevaba un anillo de oro con una gran esmeralda en la mano izquierda.

—Te fijaste mucho en él.

—Sí, llegó a regalármelo.

—¿Lo tienes tú ahora?

—No, se So devolví, le dije que no quería nada por ayudarle. —Chupó de la boquilla y esta vez tardó más en expulsar el humo del tabaco—. La verdad es que yo tengo la culpa de todo.

—¿Por qué tú?

—Yo llamé a Alexandro, le traje aquí para ayudar a ese Valsetti. Me pareció que Alexandro sería el único que le ayudaría sin engaños.

—Y no te equivocaste, de modo que no te culpes tú misma de lo que le sucedió a Alexandro, pero me interesa saber una cosa importante.

—¿Si Valsetti logró escapar?

—Exacto.

—Pues sí. Después del tiroteo oí cómo despotricaban esos hijos de perra. Yo misma, desde una ventana, vi saltar a Valsetti gracias a que hacía una espléndida luna, pero no vi a Alexandro saltar la valla de la finca de los americanos. Comprendí lo que había ocurrido.

—De modo que ese Valsetti continúa huyendo por ahí...

—Si no ha conseguido salir de Costa Larga, sí, aunque mucho me temo que se habrá escondido en algún agujero para no ser descubierto. Después de la muerte de Alexandro tendrá más miedo que antes, no se atreverá a asomar la cara.

—Y los pistoleros, ¿qué puedes decirme de ellos?

—Pues que eran algunos de acá y otros, americanos.

—¿Americanos, seguro?

—Sí, por lo menos uno de ellos.

—Eso es interesante. ¿Qué más puedes contarme? ¿Eran traficantes de drogas?

—No lo sé, pero una de las chicas del Selva Club sabe dibujar muy bien y le pedí que me hiciera el dibujo de un hombre.

—¿Lo hizo?

—Sí, le fui indicando como era. Ella tuvo que borrar muchas veces, me llamó de todo y casi me arranca los pelos, pero al final terminamos abrazadas y casi llorando cuando le dije que el dibujo era perfecto.

—¿Es el dibujo del americano?

—No, del tipo que llevaba una pistola y que me amenazó con cortarme la cara si ayudaba a Valsetti. No soporto que alguien me amenace con hacerme una cortada, no puedo sufrirlo, lo odio.

—¿Tienes el dibujo?

—Sí, claro. —Buscó entre unas revistas y sacó un dibujo hecho sobre una hoja tamaño folio que mostró a Savage—. Puedes mirarlo bien porque es clavado al tipo que mató a Alexandro. Estoy segura de que fue él; oí su voz en el callejón cuando yo estaba en la ventana con la luz apagada.

Savage escrutó aquél rostro latinoamericano, de bigote muy largo y recortado, un rostro que ya no se borraría de su mente. Era el rostro del asesino de Alexandro, uno de los mejores budokas salidos de Liberty Garden, el lugar secreto donde se forjaban muchachos y muchachas en lo más duro de las Artes Marciales Orientales, en el amor a los demás y en el control total de sí mismos para poder exigir justicia, pero jamás dejarse llevar por impulsos vengativos.

—Además, sé como le llaman.

—¿Sí? —inquirió Savage interesado, levantando su mirada por encima del dibujo.

—Sí, me lo dijo una de las chicas del club. A ese tipo le apodan el Cóndor. Dicen que es muy peligroso y que trabaja para un hombre importante, nada más y nada menos que para el honorable Riodondo.

—¿El honorable Riodondo? De ése sí he oído hablar. Ha pasado largas temporadas en Estados Unidos y no me extrañaría que su ambición fuera convertirse en presidente vitalicio de Costa Larga.

—Aquí, los presidentes sólo pueden durar siete años y luego, ser reelegidos una vez.

—Mientras no se agarren a la butaca y digan «aquí me quedo para siempre». Esta clase de personaje se las ingenian para hacer desaparecer a cuantos no opinan como ellos.

—Sí, esa clase de tío será.

Alargó su mano para acariciar el rostro de Moses Pacific Savage, aquel rostro enmarcado por un abundante cabello negro y lacio, con fleco sobre la frente y cortado al estilo oriental.

—Si en otro momento quieres volver por acá, la Conchito te recibirá con los brazos abiertos y sin cobrar, como a ti te gusta, guapo.

CAPÍTULO V

Cuando se abrieron las puertas automáticas del ascensor, Savage se encontró con un tipo corpulento, bien trajeado. Conocía a aquella clase de tipos que en Norteamérica se empleaban como guardaespaldas, llamándoles simplemente agentes personales.

—¿Adónde va?

—A ver a la señorita Mills.

—¿Tiene cita?

—No.

—Entonces, vuélvase abajo y llame por la conserjería.

—Ricky, este hombre quiere bajar al *parking* —dijo Savage sin inmutarse.

—Bu-bu-bueno —respondió una voz dentro del ascensor. De él emergieron dos grandes manazas que asieron al corpulento sujeto por las solapas de la chaqueta y lo introdujeron en la cabina.

—¡ ¡ Suélteme!!

Moses P. Savage escuchó un par de bofetadas y luego, el ascensor desapareció. Por su parte, él se adentró en el hotel. Se había orientado antes desde la calle y ahora tenía una idea más exacta del lugar adonde debía dirigirse.

Anduvo hacia el fondo del corredor y se cruzó con algunos hombres que hablaban entre sí, pasando de una estancia a otra con naturalidad, en pleno trabajo. Miraron a Savage como dando a entender que no le conocían, pero no vieron nada sospechoso en él y nada le dijeron.

Savage se enfrentó con una puerta que tenía simplemente el número 3 y no mostraba nada de particular. Empujó y la hoja no cedió. Miró el pulsador de llamada, mas prefirió no tocarlo.

Se enfrentó con otra puerta que carecía de número y movió la manecilla. Esta sí cedió y se encontró en un cuarto ele limpieza con lavabo adjunto. Allí había una pequeña ventana por la que penetraba una débil claridad.

Savage la abrió y se encontró con unas rejas. Detrás de éstas, un foso estrecho para respiración de los lavabos que caían en la misma verticalidad en los pisos inferiores.

M. P. Savage aferró sus manos a dos de los barrotes y se concentró, semicerrando los párpados. En un momento dado, extrayendo su energía vital, aquella energía que cualquier ser humano

que supiera concentrarse adecuadamente podía sacar de su propio cuerpo, dio un fuerte tirón de los barrotes. Fue un golpe seco y potente que arrancó los dos barrotes de su sitio y el tercero siguió la misma suerte.

Savage dejó los barrotes dentro del cubo de la basura y pasó su cuerpo por la ventanita. Parecía que no iba a pasar, pero como si fuera un reptil, se filtró y quedó dentro del foso con dieciséis pisos de vacío por debajo de sus pies.

Su único sostén era oprimir su propio cuerpo contra las paredes haciendo presión, de tal forma que no caía, como si se tratara de un tapón en el gollete de una botella.

Comenzó a ascender y terminó saliendo por debajo de una claraboya que tenía un espacio suficiente para permitir la aireación y, al mismo tiempo, impedía que la posible lluvia se filtrara.

Quedó bajo el espléndido sol de Costa Larga y sobre una pequeña azotea en la que se levantaban unas antenas. Miró en derredor y pudo ver la colina que era un parque natural dominando la capital de la nación y, luego, el espléndido azul del mar.

Gateando, se aproximó al borde de la azotea y descubrió una espléndida terraza construida a varios niveles. Allí había plantas exóticas para un norteamericano, pero en aquel espléndido clima se cultivaban perfectamente. Sombrillas, un par de mesas, sillas y tumbonas. Al final de la terraza, una baranda con jardineras desde la que se dominaba el área más burguesa de la ciudad, su centro comercial y el mar.

Dentro de la piscina, flotando más que nadando, había una espléndida mujer que cubría su cabeza con un gorro de goma floreado para evitar mojarse los cabellos.

M. P. Savage, buscando un ángulo para no ser descubierto, saltó de la azotea a la terraza con piscina sin ninguna dificultad. Se ajustó la ropa que vestía, un pantalón ligero y una camisa suelta, y avanzó hacia la pequeña piscina. Se quedó observando a la mujer, obviamente hermosa. El tostado de su piel no era propio de una raza, sino obtenido con el uso de aceites refinados y muy especializados!

—¡Eh! ¿Quién es usted?

—Savage, Muses Pacific Savage —respondió sentándose tranquilamente en una de las sillas de mimbre frente a la piscina y al amparo de una sombrilla de lona.

La fémina vestía solo un monotanga y no parecía cohibida ni molesta por llevar sus senos al descubierto, unos senos tan dorados como el resto del cuerpo, lo que quería decir que tomaba el sol con los pechos al aire.

—¿Savage? No le conozco.

Se acercó a la escalerilla pintada de blanco, salió de la piscina y

se cubrió con un albornoz. Pasó aprisa cerca del hombre, como temiendo que él alargara su mano y la cogiera, pero Savage no se movió y ella se internó en la gran *suite*. Al poco regresaba con un hombre que no parecía tan corpulento como el que le recibiera ante el ascensor y que se había ido a visitar el *parking* por sugerencia del gigantesco Ricky. Pero Savage, al mirarle a la caía, comprendió que éste era mucho más peligroso que el otro.

—Este es, Michael —la hermosa mujer señaló a Savage.

—¿Cómo has entrado? —gruñó el tal Michael.

—Volando, a veces me salen alas en los pies —respondió Savage, irónico. Luego añadió—: Sólo quiero hablar con la señorita Mills, no vengo a hacerle daño y no quiero pelea, pero tampoco tenía tiempo ni ganas de hacer antesalas para poder hablar con la directora general de la Ocean Petrol Company. Sé bien lo que son estas compañías y cómo actúan sus ejecutivos.

—¿Americano? —preguntó Michael.

Ella ordenó, seca:

—Échalo, Michael.

—Lo que usted mande, señorita Mills.

—He dicho que no quiero pelea —repitió Savage, paciente.

—No te hagas el gracioso. ¡Anda, levántate!

—No. Bueno, me levanto, pero me quedo a charlar con la señorita Mills. Ya he dicho que sólo he venido a charlar nada más.

—Michael, fuera con él —repitió ella, tajante.

—Ya lo ha oído.

El jefe de guardaespaldas movió la cabeza en forma engañosa, pero luego, lanzó un puñetazo hacia la cara de Savage.

No se había dado cuenta aún de que se enfrentaba a un budoka y, especialmente, al Star Budoka, como en muchas partes se conocía a Savage que hacía exhibiciones de Judo, Karate, Kendo y BoJutsu, aunque jamás participaba en competiciones de tipo oficial.

Savage, girando sobre la punta de su pie derecho, asió con su mano izquierda la mano que pretendía golpearle, aquel puño que había roto más de una mandíbula.

Haló de él mientras su mano derecha le agarraba por la chaqueta, doblado el codo derecho, y todo Savage se combó sobre la rodilla izquierda.

Michael, sin saber cómo, se vio lanzado con un perfecto *ippon-seoi-nage* hacia la piscina, pasando por encima del cuerpo de Savage sin tocarlo. La proyección de hombro por un punto entró con terrible suavidad gracias a la gran fuerza desarrollada por el propio atacante, ya que Savage, en su contraofensiva de Judo, empleó la energía de su adversario que ahora volvía a aparecer a flor de agua, sacudiendo la cabeza.

—Insisto en que no quiero pelea —dijo Savage mirando a Bárbara Mills.

Esta, con los brazos cruzados por delante del albornoz que ocultaba sus redondeces pectorales, le miró entre ceñuda e interesada.

—¿De qué quieres hablarme?

—De cosas de amigos comunes.

Michael salió furioso de la piscina. Se palpó la sobaquera y Savage, mirándole de reojo, dijo:

—Se te ha caído la pistola al fondo de la piscina. Si te tiras de cabeza podrás recuperarla y si aprietas el gatillo, a lo mejor sale un chorrito de agua.

Michael enrojeció de furia; parecía dispuesto a atacar a Savage que le había humillado delante de su patrona.

—¡Quieto, Michael!

—Aguarde, señorita Mills, que a este tipo le voy a dar lo que se ha buscado.

—Michael, quien da las órdenes soy yo —le recordó la mujer.

Aquello contuvo a Michael, quien no pudo evitar resoplar por la nariz.

—Vas muy mojado, ve a cambiarte de traje. Luego ya sacarás la pistola de la piscina.

—Lo que usted mande, señorita Mills, pero si este sujeto intenta algo, de una voz y es muy posible que sufra un desagradable y funesto accidente.

Moses P. Savage fue consciente en aquellos momentos de que en Michael, el guardaespaldas personal de la ingeniero norteamericana, tendría un enemigo de cuidado que, a poco que se le presentara la oportunidad, trataría de vengarse. Y las venganzas de aquel individuo debían resultar forzosamente mortales.

—Ya estamos solos —dijo ella invitándole a hablar. Se acomodó en una tumbona colocada en posición de butaca y el albornoz se abrió algo, como sin querer. Asomó ligeramente uno de sus bonitos pechos dorados.

Moses P. Savage también tomó asiento y por la forma en que le miraba la mujer, tuvo la impresión de que ésta trataba, sino de hipnotizarle, sí por lo menos de sugestionarle e imponerse a él con su gran personalidad, situación a la que debía estar acostumbrada.

—He llegado a Cosía Larga para averiguar lo que le ha ocurrido a un amigo.

—¿Y qué tengo que ver yo en ello?

—Eso ya lo iremos averiguando.

—¿Con qué autoridad quieres preguntar? ¿Dices que te llamas Savage?

—Sí. Moses Pacific Savage. Soy reportero *free-lance,* pero mí

llegada a Costa Larga, por ahora, y siempre puedo cambiar de opinión al respecto, no se debe a una visita profesional sino personal.

—¿Dices que buscas a tu amigo?

—Ya lo he encontrado.

—Entonces, ¿dónde radica el problema?

—Es que lo he encontrado en el cementerio. No he podido verlo, pero tengo constancia oficial de que está lleno de agujeros de bala.

—¿Asesinado?

—Sí, eso es indiscutible,

—Yo no sé nada de asesinatos de este país, ¿Por qué venir a mí?

—Mi amigo se llamaba Alexandro.

—Alexandro, Alexandro... ¿Qué más se llamaba?

—No importa, se le conocía simplemente por Alexandro. Era. un joven magnífico que poseía un club de judokas que se llama Budo y que ahora está bajo el control de un pariente suyo.

—Pues no sé nada, yo no práctico Judo —sonrió ligeramente—. Claro que es obvio que tú sí lo practicas, le has dado una buena lección a Michael y no va a perdonártelo.

—Eso no me preocupa.

—Bien, pues ya ves que he sido tolerante contigo al escucharte. No sé nada de ese Alexandro,

—¿Y de Waldo Valsetti? —preguntó de forma sorprendente para la mujer.

A Savage no se le escapó un parpadeo de sorpresa y una tenue palidez en el rostro femenino.

—Tampoco sé quién es.

—¡Qué raro, porque estaba en la nómina de tu compañía! Era o es un especialista empleado en los trabajos de prospección en una plataforma petrolífera marina.

—Pues no sé; lo tendría que preguntar al jefe de personal.

—Yo diría que ese Waldo Valsetti debía tener algo especial como para no necesitar recurrir a ninguna lista para acordarse de él.

—¿Ya estás tratando de crear un reportaje escándalo?

—Creí que no sabías quién era Savage —la observó entonces.

Bárbara Mills dudó un poco y su vacilación se hizo patente. Comprendió que se había dejado llevar por su impulso de réplica, lo que resultaba muy infrecuente en ella. Estaba acostumbrada a sugestionar, a imponerse a los hombres con su belleza, con su personalidad. Con Savage no lo conseguía y era él quien, poco a poco, iba dominando la situación.

—Bueno, he leído algún reportaje y también los he visto en televisión, ahora no recuerdo dónde, posiblemente fuera en Norteamérica.

—¿Temes al escándalo? —le preguntó abiertamente, siempre

tuteándola.

—¿Por qué habría de temerle? En mí todo es transparente.

—¿Estás segura?

—¿Por qué habría de tener miedo?

—Waldo Valsetti podría ser una razón.

—No insistas con ese hombre; ignoro quién era.

—Un empleado de la Ocean Petrol Company.

Como haciendo un esfuerzo de memoria, dijo al fin:

—Creo recordar que era un sujeto que se emborrachaba y estaba prohibido tomar alcohol en la plataforma de trabajo. Se le despidió en su día, pero ese despido tuvo que realizarse con sumo cuidado para no suscitar recelos. Como era un hombre de este país y mantenemos la línea de integración, nada de xenofobias.

—Entonces, ¿por qué huye, por qué se esconde?

—Que yo sepa, no tiene motivo alguno para hacerlo.

—Pues a mi amigo le mataron cuando trataba de ayudar a ese Waldo Valsetti.

—Eso tendrás que preguntárselo a la policía; si ha habido un asesinato, es ella quien debe resolver el caso.

—Sí, eso mismo he pensado yo y lo primero que he hecho es dirigirme al comisariato. Allí me he enterado de algunas cosas y luego he ido preguntando a otras personas por lo ocurrido y ha sonado el nombre de Waldo Valsetti. He investigado ese nombre, tengo amigos, más de los que mis enemigos creen y preguntando… preguntando, saco información que es lo que me interesa. Por eso supe que Waldo Valsetti trabaja como especialista en la Ocean Petrol Company. Me ayudó mucho saber que era un hombre que trabajaba en el mar, pero que no era marino. Supe de las prospecciones petrolíferas, nada más llegar a este hotel. Me gusta hospedarme en los pisos altos y me advirtieron que estaban copados por la Ocean Petrol Company.

—Parece que no te cae bien la petrolera —observó algo sarcástica.

—No me cae bien ni mal. Cualquier empresa con honestidad y ciñéndose a las leyes, no tiene por qué caerme mal.

—¿Y piensas que la Ocean Petrol Company es una empresa que comete, algún delito?

—No lo sé, pero si descubro algo no dudes que lo denunciaré.

—Ya, es tu línea de escándalo: denunciar, denunciar, denunciar.

—Eso no es escándalo, eso es pedir justicia; nada más. Yo no sentencio ni hago las leyes. Si a un ladrón, por robar una cartera, se le atrapa, se le juzga y condena, lo mismo ha de ocurrir con los que roban en forma más sofisticada, aunque sean empresas anónimas, siempre habrá responsables a quienes juzgar. No he venido a tratar un tema social, sólo quería saber si la compañía tenía algo que ver con la

muerte de mi amigo Alexandro.

—No, claro que no; y si lo dudas, haz la denuncia a la policía y que sean las leyes quienes sentencien.

—En este momento, sería difícil. La policía no tiene pruebas de nada, sabe muy poco de este asunto, envuelto en una nebulosa, pero cuando consiga encontrar a Waldo Valsetti, es posible que sepa mucho más. De momento, ya sé quién fue el verdugo, la mano ejecutora que asesinó a Alexandro.

—¿Ah, sí, y quién fue?

—Un tipo apodado el Cóndor.

La sonrisa de sarcástica suficiencia se enfrió en los atrayentes labios de Bárbara Mills.

—¿El Cóndor? No he oído jamás ese apodo, aunque, por supuesto, es un pajarraco muy conocido en América del Sur.

—El Cóndor trabaja, es decir, hace las faenas sucias de un individuo que se pasea por el mundo dando imagen paternalista.

—¿Y también conoces su nombre?

—El honorable Riodondo.

—Si lo sabes todo, ¿por qué no acudes a la policía?

—Porque aún me faltan algunas cosas por averiguar. Cuando tenga todos los cabos bien atados, no dudes que lo haré. La verdad, me agradaría que no te hubieras ensuciado las manos. Eres joven, bonita; supongo que inteligente y con mucho futuro, lo malo es que, en ocasiones, la ambición ciega y sin darse cuenta, el que la padece se salta fácilmente el margen que marca la ley con tal de obtener más beneficios. Es una pena, pero sucede muy a menudo.

Se levantó de la butaca. Bárbara seguía mostrando parte de su seno derecho sin querer provocar conscientemente, simplemente porque se había olvidado de sí misma, de su belleza, de su personalidad.

Con su habitual agudeza, Savage se daba cuenta de que ella estaba muy preocupada y eso quería decir que los disparos verbales que acababa de dirigirle habían ido dando en la diana, sorprendiéndola, cuando ella creía estar muy segura.

—¿Y qué harás ahora?

—Seguir buscando información. Si tienes algo que contarme, algo que pese demasiado en tu conciencia, me encontrarás en el piso décimo, habitación mil catorce. Ya ves que ni siquiera tendrás que salir del edificio; somos vecinos, por el momento.

Savage miró hacia la piscina. Tenía un agua tan limpia, permanentemente depurada, que podía verse con claridad la pistola que reposaba en su fondo. Luego, se marchó por el interior de la gran *suite.* No encontró a nadie, abrió la puerta y salió dando un portazo.

Cuando iba hada el ascensor, se encontró con Michael a

distancia. Se había cambiado ya de traje. Savage le sonrió y se metió en el ascensor. Michael cerró los puños, rabioso, pero Savage había desaparecido ya por el foso, dentro de la cabina.

Abajo, en el *parking* segundo, debía estar esperándole Ricky y así fue, efectivamente.

Contra la pared, quieto, sin osar moverse, estaba el matón de la petrolera. Tenía las mejillas muy rojas y frente a él estaba Ricky sentado sobre el amplio capó de un coche americano.

—Ho-ho-hola, Sa-Savage.

—Piola, Ricky. ¿Ha sido buen chico?—preguntó, mirando al guardaespaldas.

—Só-so-sólo le he dado unas bo-bo-bofetaditas, es un buen chi-chi-chico.

—Anda, ya te puedes largar.

El matón comenzó a alejarse pegado a la pared, como temiendo pasar cerca del alcance de las manazas del gigante japonés de dos metros diez de altura y ciento ochenta kilos de peso, ¡Ah! Además era campeón de Sumo, el deporte nacional del Japón.

—¡Eh, te olvi-vidas es-esto!

Ricky le arrojó por el aire la pistola que le había quitado antes, para que no hiciera tonterías. El matón la cogió al vuelo y empuñándola rápidamente, les encañonó,

—¡Ahora soy yo quien manda!

—Vamos ya —rezongó Savage, menospreciándolo— Ricky tiene cara de bonachón, siempre sonríe, pero el que le tome por tonto sí es un, idiota. Seguro que tu pistola ya no tiene balas.

El matón de la compañía, perplejo, apuntó al techo. Apretó el gatillo y sonó un chasquido metálico que le desilusionó e irritó, obligándole a correr en busca del ascensor.

CAPÍTULO VI

La mansión del honorable Riodondo no estaba pegada a la ciudad, sino a unos veinte kilómetros hacia el Oeste, dominando una amplia zona costera en la que no se veían más edificaciones que las que correspondían a la propia finca de fabulosas dimensiones.

Tenía una carretera asfaltada de circunvalación muy próxima a la alta cerca metálica que delimitaba la finca y que impedía el paso de animales y personas. Aquella valla estaba provista de varios tipos de controles y de un sistema de vigilancia permanente.

Guardas en *jeep,* guardas a caballo y guardas a pie con perros que olfateaban las proximidades de la cerca, buscaban cualquier posible rastro humano que pudiera haber llegado a saltar la cerca, lo que resultaba muy difícil, ya que unos rótulos a cada trecho advertían de su electrificación.

Mas allí no acababan las seguridades, puesto que existía otra cerca, más próxima a la casa, cerrando los jardines propiamente dichos y protegiendo la mansión cuyas terrazas de fachada se alargaban hacia el acantilado, un acantilado que poseía una escalera que descendía a una caleta a la que se acercaban las aguas sobre una arena dorada y limpísima.

Pese a todas las cercas y los sistemas de vigilancia, no se notaba ninguna clase de agobio ni sensación de aprisionamiento, ya que el honorable Riodondo pagaba a buenos jardineros que sabían disimular con arboledas y arbustos todo aquello que pudiera afear la finca.

En las noches de fiesta, la mansión mostraba una iluminación ornamental verdaderamente fastuosa y todo aquel lujo se daba de bofetadas con los problemas que estaba sufriendo la nación, especialmente sus obreros en paro, sus ancianos y marginados mendigantes.

En realidad, las fiestas que se celebraban en la mansión costera del honorable Riodondo tenían como objetivo reunir a sus correligionarios, amigos y seguidores con aspiraciones políticas que revoloteaban en torno al poderoso Riodondo.

Todos decían que era como un tigre aletargado que algún día despertaría, pero aun aletargado, nadie del gobierno se atrevía a quitarle un solo pedazo de los millares de hectáreas de tierra que poseía, ni un tornillo de sus industrias, ni un vulgar impreso de las Financieras y Bancos controlados por é] de una forma u otra.

Aquella noche, en la mansión, había una reunión por todo lo alto. Sonrisas a diestro y siniestro, cuchicheos en los oídos, palmaditas en las espaldas.

La llegada de Bárbara Mills, acompañada de Frank Trattore y sus guardaespaldas, que quedaron un tanto apartados, fue bien recibida. Ataviada con un elegantísimo traje de noche, caminaba segura. Sabía que mucha gente estaba pendiente de la yanqui como la llamaban a sus espaldas, aunque jamás se lo decían directamente.

Bárbara ni se había molestado en averiguar el motivo de aquella fiesta. Luego se enteraría de que se trataba del cumpleaños del propio Riodondo que habla decidido agasajarse a sí mismo. ,

—¡Ah, mi querida señorita Milis...! Está usted tan bella como siempre, o quizá más. Me asombra, porque cada vez la veo increíblemente hermosa y cuando la vuelvo a encontrar, aún está más deslumbrante. No sé si es que usted es cada día más maravillosa o bien mi capacidad de asombro se va agrandando para valorar en justicia toda la belleza que usted atesora.

—Me abruma usted —repuso a la perorata del honorable Riodondo, un individuo grueso, pero no demasiado; aún podía llevar un esmoquin con elegancia.

Tenía escaso cabello y su calva era dorada como los senos de la propia Bárbara Mills. Su mandíbula era ancha y sus ojos, pequeños y astutos. Riodondo era un sujeto predispuesto a la sonrisa protectora. Tenía aires de patriarca condescendiente y cualquiera, al tratarle, habría opinado que era el hombre más amable y generoso del mundo, puesto que incluso soltaba el dinero con facilidad, sólo que los que le creían generoso ignoraban que quienes podían acercarse a él habían pasado antes por un fino tamiz y que, de una forma u otra, se cobraría aquel dinero y también los favores que prodigaba con aparente desprendimiento.

—Salgamos todos a la terraza —pidió el honorable Riodondo, pasando con delicadeza su mano por detrás de la cintura de Bárbara Mills a la que parecía distinguir por encima de todos sus invitados. Y a nadie le parecía mal, ya que sabían que Bárbara no era una protegida del honorable, sino una socio en potencia. Ella representaba los dólares y a los dólares nadie podía olvidarlos.

La noche era espléndida. El clima allí era suave y agradable y con una humedad que en nada, recordaba al bochorno de ciertos barrios de la capital de Costa Larga. Allí soplaba una brisa ligera que desplazaba esa humedad y, al propio tiempo, no había sensación de frío alguno. Las mujeres, con sus elegantes vestidos de noche, con grandes escotes y hombros al descubierto, podían pasearse por terrazas y jardines sin más estremecimientos que al sentirse palpadas por sus amantes o por manos nuevas que buscaban algún escarceo

amoroso.

Largas mesas atendidas por camareros de raza muy india, a juzgar por sus rasgos, ofrecían viandas de todas clases, la mayoría de importación, whiskys *scotch* puros, brandy francés «Napoleón» o «Martel», auténtico jerez español, champaña francés «Viuda Clicquot» y así todo. No faltaba nada, capaz de satisfacer unos paladares habituados a tomar todos aquellos productos.

Se acercaron a la gran balaustrada que dominaba el acantilado. Entonces, el honorable Riodondo se volvió y pidió atención.

—Hoy cumplo cincuenta y cuatro años… —Hubo aplausos, sonrisas e innumerables felicitaciones—. Bueno creo que no es una mala edad —prosiguió él—. Ahora tengo madurez, completo dominio de mí mismo, de mi posición, y sé muy bien lo que le interesa a Costa Larga y a todos vosotros… —Más aplausos—. Ya sabéis que unidos llegaremos muy lejos. Si hay días malos, unidos conseguiremos que lleguen días mejores y estad seguros de que éstos vendrán pronto.

A todos parecía interesarles estar de acuerdo con el anfitrión, al cual uno de sus hombres de confianza le pasó discretamente un paquete. Riodondo prosiguió:

—Para celebrar mi cumpleaños he decidido hacer dos cosas. La primera, entregar este pequeño obsequio a mi invitada de honor. —Tendió el paquete a la yanqui—. Para usted, señorita Mills.

Lo tomó y delante de docenas de ojos ávidos, Bárbara rasgó el papel y abrió la caja de terciopelo granate. Dentro apareció un valiosísimo collar de esmeraldas de color verde oscuro, transparente y limpio.

—Honorable, esto es muy hermoso…

—Celebro que sea de su agrado, señorita Mills. ¿Me permite que se lo coloque yo mismo?

—¡Oh, sí, me hace un gran honor!

Hubo aplausos y Riodondo le puso el collar situándose a la espalda de la mujer. Las luces arrancaron destellos de aquellas gemas de artística y perfecta talla, en tabla, y engarzadas entre sí con oro y platino.

—Bien y luego, como si fuera un niño caprichoso, he decidido hacerme un regalito a mí mismo…

Todos le observaron interrogantes, incluso Bárbara Mills.

—Acercaos todos a la baranda y os mostraré el regalo que me he hecho.

Se fueron aproximando y entonces se apagaron las luces de la terraza, quedando tan sólo unas de señalización. Se escuchó una sirena marítima y dos potentísimos focos situados a derecha e izquierda del acantilado enviaron sus haces de luz hacia el centro de la cala.

Quedó iluminado un magnífico yate que levantó un «¡oooh!» de admiración unánime y una salva de aplausos después.

—Es precioso —opinó Bárbara Mills, admirando la elegante línea de la embarcación de nueva factura.

—Es un lindo barquito... El yate que tenía resultaba ya un poco pequeño para las reuniones en alta mar y para mis viajes marítimos, se estaba haciendo viejo. Bueno —vaciló ligeramente—, no era viejo y se ha vendido a buen precio, pero éste es infinitamente mejor,

—Será muy costoso.

—Algo, un millón y cuarto de dólares, el barco en sí, y tres cuartos de millón de dólares la decoración interior que he añadido.

—Soberbio, honorable Riodondo, algo digno de usted.

—Es usted muy gentil, señorita Mills, ahora se lo mostraré con más detalle.

Volvieron a encenderse las luces mientras el yate seguía tocando la sirena, atracado junto a la pared del acantilado a la que se arribaba por un amplio camino excavado en la roca.

—Vamos a ver el yate junio a todos los que lo deseen —propuso el honorable—. Podéis utilizar el ascensor o las escaleras, según os parezca.

Cogió del brazo a Bárbara Mills y la llevó al ascensor, protegidos ambos por un guardaespaldas personal del honorable Riodondo y por Michael, el guardaespaldas de Bárbara que se mantenía siempre cerca de ella.

Descendieron hasta la playa y avanzaron por un camino cementado hacia el yate que tenía una pasarela colocada.

Bárbara observó a el Cóndor que les aguardaba en la nave, muy sonriente, y a la mujer se le enfrió la sonrisa. El honorable se dio cuenta y preguntó:

—¿Sucede algo, querida?

—Verá, honorable, necesito hablar unos minutos con usted a solas. Después visitaremos su hermoso yate.

—Como guste. Tengo un despacho en el yate que nos servirá para charlar.

—Sería bueno que el Cóndor también estuviera presente.

—¡Ah! Pues bien, lo que usted diga.

Hizo una seña con el dedo a Huberto Álvarez alias *el Cóndor* para que les siguiera y éste así lo hizo.

Se instalaron en el elegante despacho decorado con maderas nobles y se aislaron del resto de invitados que comenzaron a pasearse por el yate a medida que llegaban, con la esperanza de que el honorable les invitara algún día a participar en sus cruceros.

—Y bien, señorita Mills, ¿algo la preocupa?

—Me dijo que sólo se trataba de buscar a ese chantajista y

hacerlo desaparecer.

—¿Sé refiere a Waldo Valsetti? —preguntó Riodondo, como no dando demasiada importancia a las palabras de la mujer.

—Así es, a Waldo Valsetti.

—Huberto, ¿qué hay de ese sujeto?

—Lo estamos buscando, honorable. Estamos seguros de que se esconde en la ciudad y terminará por salir de su guarida, no tiene escapatoria.

—¿Y qué hay de Alexandro? —inquirió la joven.

—¿Alexandro? ¿Sabes tú algo de Alexandro, Huberto?

—No, no señor. ¿Quién es?

La propia Bárbara explicó:

—Un joven que fue tiroteado cuando Waldo Valsetti escapaba. Lo mataron en el callejón cuando también murió Larry, el empleado de la compañía que, según me dijeron, sufrió un accidente.

—¡Ah, sí! Debió ser un amigo de Valsetti. Fue un error, no queríamos dispararle a él —dijo el Cóndor, disculpándose.

—Ya lo oye, ha sido un error, pero no hay cuidado.

—Era un budoka.

—¿Un qué?

—Un budoka, un practicante de Artes Marciales Orientales.

—Eso explica que le destrozara la garganta a Larry —rezongó el Cóndor.

—¿Por qué tuvieron que matarle?

—Son cosas que suceden, querida, no se pueden evitar. Se persigue a un chantajista, alguien se interpone y cae. ¿Qué le vamos a hacer? Un accidente, como si alguien hubiera cruzado la calzada a destiempo y un automóvil lo atropellara.

—¿Así de fácil, honorable?

—Es lamentable, pero así es la vida.

—Pues yo no lo veo tan sencillo porque ha llegado alguien para investigar la muerte de ese Alexandro.

—¿Qué quiere decir con que ha llegado alguien; de dónde?

—De Estados Unidos.

El honorable miró a su sicario que esbozó un gesto de preocupación.

—No sabía nada. ¿Y por qué investigar la muerte de ese desconocido?

—Es un amigo suyo quien investiga, un sujeto muy peligroso y excepcional que ha venido a verme para decirme que sabe que estamos buscando a Waldo Valsetti, que ha averiguado que Valsetti trabajó para la petrolera e incluso que sabe quién mató a su amigo Alexandro cuando ayudaba a escapar a Valsetti.

El mismísimo honorable Riodondo palideció al oír aquel

chorreado de noticias.

—;Y quién es ese individuo?

—Se llama Moses Pacific Savage. ¿Le dice algo ese nombre?

—¿Savage, el reportero de la prensa amarillista?

—El mismo. No sé cómo lo ha conseguido, pero se ha metido en mi *suite*. Ha echado a Michael de cabeza a la piscina y luego me ha contado todo lo que acabo de decirles. Me ha asegurado que continuará investigando.

—¡Huberto!

—Sí, señor.

—Has de mantener a ese sujeto bien vigilado y cortar todas sus posibles fuentes de información y que por ningún medio encuentre a Waldo Valsetti.

—No lo verá, señor, por lo menos vivo —aseguró el Cóndor.

Bárbara Mills, nerviosa a su pesar, pidió:

—No quiero más muertes.

—La desaparición de Waldo Valsetti es imprescindible —puntualizó el honorable—. Sabe demasiado y puede destruir nuestros planes, los beneficios fundamentales de la compañía que usted representa. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Sí, mucho, pero ..

—Yo también perdería mucho, mis ambiciones políticas, los amigos que confían en mí y esperan formar un gobierno a mi lado, la expansión de mis negocios e incluso la propia expansión de este país.

—¿No dijeron que ya tenían localizado a Waldo Valsetti en casa de no sé quién?

—Ya no estaba —dijo el Cóndor, silenciando cómo había terminado la investigación en el Barrio de Pescadores donde la policía sólo había encontrado restos humanos irreconocibles.

—Mis hombres de confianza les ayudarán, Frank Trattore y Michael, si es necesario, pero acaben pronto con esta pesadilla.

—No se preocupe, señorita Mills. Reforzaremos la búsqueda de Valsetti, ese miserable chantajista, y con él terminará todo este asunto. No habrá más problemas.

—Eso espero, honorable, eso espero. Savage es un hombre de aspecto muy agradable, pero ha conseguido ponerme nerviosa.

—No se preocupe, por él; allá donde vaya a preguntar no encontrará respuesta, ya nos encargaremos de establecer a su alrededor un cordón de silencio que le obligue a marcharse.

—Así sea.

—¡Ah, se me olvidaba...! El yate ya lleva el nombre escrito, pero falta bautizarlo como corresponde.

Bárbara Mills comprendió que el honorable quería cortar el rumbo de la conversación.

—¿Y qué nombre va a ponerle?

—Salgamos y lo verá.

Salieron a cubierta y se cruzaron con muchos de los invitados que felicitaron efusivos al honorable Riodondo por tan magnífica adquisición.

—¡Por favor, salgamos al muelle, vamos a bautizarlo! —exclamó.

Habían preparado ya una soga con una botella de champaña en el extremo. La joven norteamericana bajó al muelle y entonces descubrió el nombre que había permanecido oculto por una banda de plástico blanca.

—*Bárbara.*

—Sí, se llamará *Bárbara.*

Al poco, se estrellaba la botella de champaña contra el casco de la lujosa nave. Aplausos, gritos, alegría, descorches de más botellas de champaña.

Riodondo se apartó ligeramente de sus invitados. Tomó por el brazo a el Cóndor y en voz baja, cambiando el tono, un tono que ahora fue duro, resolutivo, sin admitir réplicas, ordenó:

—Ese Savage tiene que desaparecer.

—Desaparecerá, señor.

—Sin complicaciones, con mucho cuidado; no quisiera que se molestaran mis amigos los yanquis. No hay que olvidar qué dase de pasaporte tiene ese reportero,

—Será un trabajo especial, señor, nadie se enterará de nada.

—Eso espero, Huberto, eso espero. Sería lamentable que esta vez fallaras. Tendría que escoger a otro para otorgarle mí confianza.

Dejando en el aire su amenaza, sonriendo abiertamente, regresó junto a sus invitados mientras veía, a distancia, corno Bárbara Milis estaba rodeada de personas que la felicitaban y admiraban su espléndido collar de esmeraldas.

CAPÍTULO VII

Moses P. Savage observó a través de la ventanilla del auto que conducía el propio capitán Martínez las ruinas que habían quedado en el Barrio de Pescadores.

—Por lo que veo, ahí han explotado unos dos kilos de goma-2.

—Sí, es más o menos lo que han calculado los técnicos artificieros de la policía —asintió el capitán Martínez que mantenía el coche detenido.

—¿Es un acto de terrorismo?

—No lo sabemos, nadie ha reivindicado nada. No obstante, particularmente creo que se trata de un acto criminal.

—¿Cuántas personas han muerto?

—Se sabe de cinco desaparecidos entre la casa principal volada y las dos casas colaterales.

—¿No se han encontrado restos humanos?

—Muchos, pero tan dispersos y mezclados que son totalmente irreconocibles. Se sabe que son varias personas, pero desgraciadamente, la explosión fue bestial.

—¿Piensa que tiene algo que ver con lo ocurrido a Alexandro?

—Pudiera ser.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente, llámele intuición de policía veterano.

—¿Y contra quién fue dirigido el explosivo?

—Benítez, un hombre que fue pescador. Le faltaba una mano y realizaba encargos de sus compañeros, ya que no se hacía a la mar con ellos. Les llenaba impresos y hacía mil cosas para salir adelante. Con él vivía su hija, una muchacha de diecisiete años llamada Magdalena

—¿Se les conocía alguna actitud punible?

—No. Estamos investigando, aunque nadie parece querer saber nada y lo comprendo. La forma de hacerles desaparecer con un artefacto explosivo de tanta potencia no es una simple venganza callejera resuelta con unos navajazos o incluso tiros; esto es más grave y la gente del barrio se ha dado cuenta. Alguien importante ha silenciado al padre y a la hija y se han llevado por delante a cuantos estaban cerca. Esto ha causado la natural indignación en toda la ciudad, pero nadie ayuda a la ley cuando hay miedo.

—¿Y qué podían haber dicho ellos?

—Lo ignoro, pero seguiremos investigando.

—¿Se han encontrado cables?

—No.

—¿Un mecanismo de tiempo?

—No se han encontrado restos. Pudo ser un mecanismo de tiempo o un disparo por control remoto, pero para matarlos no hacía falta tanta goma-2.

—Lo que indica que no querían dejar ni rastro de lo ocurrido.

—Así es.

—Tengo la impresión, capitán, de que usted me ha traído aquí para que vea este desastre por algún motivo concreto.

—Pues sí, no se lo voy a ocultar sino todo lo contrario, pero primero deseaba que viera esto.

—Visto está.

—Uno de los restos humanos, no vaya a creer que grande, llevaba una bala incrustada, una bala en perfecto estado.

—¿Hubo tiroteo previo?

—Eso parece. Deduzco que asesinaron a las víctimas primero y pusieron el explosivo después para hacer desaparecer todo rastro.

—¿Y esa bala da alguna pista?

—Sí. Su amigo Alexandro fue tiroteado por tres pistolas diferentes, lo que quiere decir que lo atraparon entre varios fuegos. Hemos cotejado la bala hallada aquí, con las que llevaba Alexandro en su cuerpo y coincide con varias de ellas.

—¿No hay duda?

—No, son exactamente iguales. Tengo hombres buscando más restos humanos en esta área por si encontramos más proyectiles, pero con lo que hemos hallado ya podemos testificar que el hombre que disparó contra Alexandro participó en esta bestial masacre del Barrio de Pescadores. No hay duda alguna y tampoco la habrá para el juez que instruye las diligencias oportunas. Ahora se trata de saber quién usa esa pistola asesina.

Era muy difícil averiguar en él rostro de Moses Pacific Savage lo que pensaba, porque educado en la filosofía orientalista, en la mayoría de las ocasiones se mostraba hermético dentro de un aspecto agradable y cortés.

Chinos, japoneses, indios, tibetanos, coreanos y nepalíes habían influido en aquella educación tan especial, recibida en su niñez, pasada en gran parte en la isla de Qkinawa, receptora de tantas culturas llegadas del continente asiático.

Luego había salido al continente y se había dejado llevar por él de la mano de los *senseis,* abiertos a toda enseñanza, lo que no ocurría con quienes se encerraban tan sólo en una cultura, fuera ésta la japonesa, la china, la coreana, etcétera.

—M. P. Savage tenía la mente y el corazón abierto a todos, por

ello se consideraba ciudadano del mundo. ¿Y quién podía decirlo mejor que él, que había nacido en mitad del océano Pacífico?

—Me apeo aquí, capitán Martínez.

—¿No quiere que le regrese a su hotel?

—No, gracias, ya tomaré un taxi.

—Como guste. No se meta en líos, recuerde que aquí está como turista.

—Procuraré no olvidarlo, capitán.

Bajó del coche y aguardó en la acera a que el oficial de policía se alejara.

M. P. Savage observó el sentido unidireccional de aquella calle que no era demasiado estrecha. Vio algunos coches estacionados y al camión de escombros que era cargado lenta y parsimoniosamente.

Se acercó a lo que fueran casas de pescadores, ahora unas ruinas que no se alzaban ni dos palmos del suelo. Se habían venido abajo como castillos de naipes.

Las viviendas que quedaban en pie mostraban su desnudez, sus tripas abiertas y los cables que podían considerarse su sistema nervioso destrozado, pendían aquí y allá.

Unos policías de uniforme vigilaban la zona para que nadie se metiera entre las ruinas salvo que tuviera permiso expreso para ello. Observaron a Savage de reojo, pues le habían visto apearse del automóvil de su jefe.

Savage estuvo meditando un poco. Dio luego un giro de noventa grados y echó a andar por la acera en dirección al mar porque aquella calle conducía a una vía amplia, paralela a los muelles de pescadores.

Avanzó mirando a derecha e izquierda. Observaba los portales, los comercios. Después de caminar unos doscientos metros, descubrió un bar que a aquella hora de la mañana, tenía poca clientela.

Por su aspecto, por las mesas que se veían desde la calle, debía tener una clientela abundante y popular. En aquel local jugarían a las cartas y se hablaría de muchas aventuras marineras. Más que un bar, era un casino de reuniones. M. P. Savage entró y se acercó al mostrador.

El hombre que atendía la barra se le acercó, atento.

—¿Desea tomar algo, señor?

—Una limonada.

—Lo que usted diga, señor. Hace calor, ¿eh?

—Sí, mucho calor.

—Americano, ¿verdad?

—Sí, como usted.

Santaolaria, el hombre del mostrador, sonrió abiertamente.

—Sí, todos somos americanos, pero yo me refería a que usted es de arriba, norteamericano quiero decir.

—Sí, de allá vengo. Y me ha preocupado mucho ver lo que ha ocurrido a Benítez.

—¿Le conocía?

—Tenía un amigo que a su vez era amigo de Benítez y Magdalena.

—¿Ah, sí, y quién era su amigo?

—Alexandro.

—El del gimnasio de Judo, ¿verdad?

—Exacto.

—Murió.

—Lo asesinaron, como a Benítez y a su hija,

Santaolaria se preocupó; lo demostró en su rostro mientras servía la limonada.

—Una pena, fue una explosión de mil diablos. No había oído nunca nada semejante.

—¿Se sabe quién fue?

—No, no, eso tendrá que preguntárselo a la policía.

—La policía no sabe nada. —A renglón seguido preguntó—: ¿Cuánto vale la limonada?

—Tres pesos.

—Quinientos si me dice algo que me interese.

—¿Que le diga algo? —repitió el *barman,* mirando a un lado y a otro, algo asustado, como observando a cuantos podían estar controlándole.

—No se haga el tonto, ya sabe lo que pregunto. Si encuentro al que mató a Benítez y a su hija, habré encontrado al que mató a mi amigo Alexandro que fue llenado de plomo.

—Pues yo, yo…

—Añado quinientos si también me dice dónde puede haber ido un sujeto que busca protección. Se llama Waldo Valsetti y trabajaba de petrolero en el mar.

—Pues serán tres pesos y ahora le hago la factura que pide.

En una hoja, Santaolaria escribió:

> «EL CÓNDOR. COCHE, UN "CHRYSLER” MATRICULA 7-CLC-797. EL PETROLERO ESTUVO EN CASA DE BENÍTEZ, LUEGO SE MARCHO.»

M. P. Savage tomó la hoja, le dio un vistazo y sacó su cartera. De ella, con cuidado, extrajo un fajo de billetes que puso bajo el paño del *barman.* Después, se aparto del mostrador.

—Gracias, la limonada estaba sabrosa con este calor.

—Encantado de servirle, señor.

CAPÍTULO VIII

La llave maestra penetró con sigilo en la cerradura. La puerta de la habitación fue abierta silenciosamente y dos hombres vestidos con trajes claros, corbata y sombrero, se introdujeron en la *suite,* al tiempo que empuñaban sus pistolas ya preparadas con silenciador. El suelo estaba enmoquetado y no hicieron ruido alguno.

Tenían que actuar rápidamente. Su misión era secuestrar a Moses Pacific Savage, llevarlo al ascensor y bajarlo al *parking* donde aguardaba un coche listo para recibir a la víctima en su espléndido maletero.

Ambos se miraron, incrédulos.

En el *living-room* de la *suite,* cerca de la ventana abierta, había una mole humana casi desnuda, apenas cubierta por un taparrabos escaso y pequeño. Estaba quieta como una estatua de Buda y semejaba, dormir pese a que no podían verle la cara.

Los dos se tocaron con el codo para cambiar impresiones. Tenían las armas dispuestas y se fijaron en aquella enorme espalda que mostraba varias cicatrices de balazos.

Uno de los intrusos, caminando de puntillas sobre la moqueta, se aproximó a la espalda de Ricky, el gigante japonés amigo de Savage y uno de sus compañeros inseparables; un hombre que había sido campeón de Sumo en el Japón y que había practicado con gran éxito el Kempo y el boxeo tailandés, un auténtico monstruo de la lucha.

La cabeza de cabello lacio y escaso de Ricky quedaba como un blanco perfecto. El intruso levantó su arma para golpear con saña el cráneo de Ricky y dejarlo así fuera de combate. Con la cabeza partida ya no protestaría.

Descargó aquel golpe que podía ser mortal, mas, para su sorpresa, cuando la culata tenía que golpear la cabeza, no ocurrió así. El brazo de Ricky, que parecía una estatua, se levantó y apretó la mano que pretendía partirle el cráneo.

Entre el pulgar y el índice asió la muñeca de la mano armada; cerró los dedos alrededor de su presa y haló, con violencia hacia delante.

—¡Aaaaag!

El grito brotó hondo de la garganta del atacante. El terror le invadió al verse lanzado a través del hueco de la ventana.

Ricky, con una rapidez insólita para sus ciento ochenta kilos, se

puso en pie abandonando su posición Zazen y se volvió hacia el otro tipo armado que se quedó dubitativo apuntando a Ricky. Pero no se decidía a apretar el gatillo porque estaba viendo, asombrado, como la mano del gigante japonés desaparecía por el alféizar de la ventana.

Al otro lado debía estar su compañero de canalladas, porque el grito había sido corto, no podía haber caído abajo...

—Quieto, no te muevas —le advirtió.

Ricky, mirándole fijamente con sus ojos desproporcionalmente pequeños para su terrible corpulencia, dijo:

—Si dis...dis...disparas, suel...suelto a tu amigo...

—Suéltalo... Digo, no lo sueltes, súbelo —ordenó.

—Tira la pis...pis...pis...pistola pri...me...mero.

—¡No…no, sú...súbelo! Me cago en la puta..., súbelo —gruñó furioso, dándose cuenta de que él también tartamudeaba.

—No, no, tú, tú pri...primero.

—¡No!

—¡Súbeme, gorila, súbeme! —se escuchó la voz del otro individuo desde el exterior.

—¡Si no lo subes, te mato!

Quien acababa de amenazar no se dio cuenta de la presencia de alguien más en la estancia, alguien mucho más silencioso que él.

Sintió su mano armada atrapada por unos dedos de acero que le retorcieron la muñeca al tiempo que le doblaban la mano hacia dentro en un golpe seco. Sufrió un intenso dolor y el arma se le escapó mientras recibía un golpe seco sobre el nacimiento del dedo pulgar.

Cuando se revolvió, mascullando, se encontró con un golpe de tenar en la mandíbula que lo lanzó hacia atrás. El taisho-uchi, dado de abajo arriba, lo puso fuera de combate.

—Ho...ho...hola, Savage.

—Sube el ascensor.

—En se...se...seguida.

Ricky levantó su brazo y gateando, trepó por la ventana al otro tipo que estaba congestionado. Ricky le quitó el arma que ni había podido soltar de su mano apresada. Ricky se la arrebató por el cañón, como si temiera ensuciarse.

—¿Qué habéis venido a buscar? —preguntó Savage sin irritación alguna.

—No sé nada.

—Mi amigo Ricky puede hacer que recobres la memoria —le advirtió Savage sabiendo que aquel indeseable debía haberle cogido verdadero pánico al japonés que lo había proyectado por la ventana con terrible facilidad. Más no lo había soltado de la mano, lo que había impedido que aterrizara sobre el asfalto de la calle.

—No sé nada.

—De modo que insistes, ¿eh? Ricky...

—¿Sí?

—Ponlo en posición de badajo.

El latinoamericano miró a Ricky, asustado. Este le cogió por la cintura sin que midiera evitarlo y lo lanzó al aire dándole media vuelta.

Cuando aquel tipo iba a estrellar su cabeza contra el suelo, se sintió sujetado por los tobillos y su pelo rozó la moqueta mientras él se apresuraba a poner las manos en el suelo para evitar el golpe.

—¿Qué, te decides a hablar?

—¡Ha sido el Cóndor, ha sido el Cóndor! —se apresuró a exclamar, pensando que iban a jugar a fútbol con su cabeza, pues los pies quedaban demasiado cerca de su cara.

—¿Qué... qué hago? —preguntó Ricky.

—Suéltalo.

Lo dejó ir. Aquel individuo no sufrió daño, puesto que se había protegido la cabeza con las manos. Ya en el suelo, miró de soslayo a Ricky y quiso escapar, pero el japonés le propinó un puntapié que lo elevó en el aire, enviándolo al pequeño sofá.

—Quédate quieto ahí —le ordenó Savage— y que no se te ocurra coger ninguna pistola del suelo.

—Ahora va...vamos a ha...hablar —rezongó Ricky juntando las pistolas con los pies, sin tocarlas.

Cogió al otro sujeto que Savage dejara fuera de combate con su contundente taisho-uchi y lo sentó junto al otro que permanecía muy quieto, todavía con el susto en el cuerpo después de verse pataleando en el aire, a diez pisos de altura.

—Mi compañero Ricky es muy pacífico, siempre que no lo provoquen —advirtió Savage, sabiendo que no era fácil que Ricky perdiera la paciencia.

Su corazón era tan noble que sabía perdonar a sus enemigos, lo que no era óbice para que, al igual que Moses P. Savage, exigiera justicia para quien delinquía.

—Ya imaginaba que os había enviado el Cóndor. Sé que él y sus secuaces mataron a tiros a un joven llamado Alexandro en el callejón del Selva Night Club.

—¡No sé nada!

—Cállate y déjame seguir hablando.

—¡Yo no conozco a ningún Alexandro!

—Lo matasteis cuando perseguíais a Waldo Valsetti y también sé que fuisteis vosotros los que volasteis la casa del Barrio de Pescadores con dos kilos de goma-2. Y sé que trabajáis para Riodondo y para la Ocean Petrol Company.

El secuaz del Cóndor pasó del color rojo a una palidez intensa.

Sólo se atrevió a balbucir:

—¿Quién le ha dicho todo esto?

—Quien pregunta soy yo.

* * *

Bárbara Milis firmó los informes que debía remitir a Estados Unidos exponiendo la marcha de las prospecciones petrolíferas en Cesta Larga; ya estaban dispuestos para ser enviados.

Más de uno de aquellos documentos estaban escritos en clave, unas claves muy complicadas y que no se advertían. Se daban datos de tuberías y valoraciones de muestras extraídas, pero todos aquellos números podían transformarse en otros que significaban cosas muy distintas.

Había que tenerlo todo previsto por si algún documento era robado o se extraviaba. El mundo del petróleo producía millones y millones de dólares, cientos de barriles, diarios si el yacimiento en explotación era rico. Había que tomar toda clase de precauciones. Un cero coma uno por ciento de beneficio de lo que podía producir un buen yacimiento petrolífero, bastaba para enriquecer fabulosamente a cualquier ser humano y se jugaban con muchos tantos por cierto, aunque, aparentemente, la Compañía aceptaba sólo el treinta por ciento de beneficios que le ofrecía la nación de Costa Larga de la explotación del yacimiento.

Razonando, eran unos tantos por ciento muy interesantes que podían producir altísimos beneficios pese a las quejas de la petrolera yanqui, mas ésta no parecía contenta con ese treinta por ciento y de alguna forma trataba de elevarlo. *Business is business,* decían los americanos. Y en los negocios, como en el amor, según ellos todo valía.

Cansada, abandonó su despacho y fue a su habitación. Se puso el monotanga y una bata y salió a la terraza. Miró la limpia piscina.

—¿Preocupada?

Se sobresaltó, volvió la cabeza y descubrió al hombre.

—¡Frank!

—¿Preocupada? —repitió mientras fumaba un cigarrillo.

Bárbara Mills iba a responder que sí, más cambió de actitud y mirando críticamente a Trattore observó:

—Estoy cansada de que te metas en mis estancias personales sin previo aviso.

—¿Y eso te preocupa? Ya sabes que soy tu hombre de confianza, el cerebro gris.

—Serás todo lo cerebro gris que quieras, pero me harta que rompas mi intimidad con tu presencia. ¿No te das cuenta de que hay ocasiones en que las mujeres deseamos estar solas?

—Será que a veces me falta algo de tacto —admitió—. No soy tan meloso como ese honorable Riodondo que no es más que un ambicioso que nada podría hacer en este país si no le ayudáramos.

—No tengo ganas de discutir, Frank. Ni me interesa Riodondo, ni me interesas tú.

—¿Qué te interesa, entonces?

—No te importa.

—¿Por qué no? Tú y yo tenemos muchas cosas en común, Bárbara. Los dos sabemos lo que queremos y qué cartas jugamos.

—Tú no eres tanto de fiar como presumes.

—Lo mismo que tú, Bárbara, lo mismo que tú. ¿Acaso piensas que tu conciencia está tan blanca como esas manos que tienes? No, eres muy ambiciosa, por eso no te importa que se derrame sangre con tal de conseguir los puestos que deseas. Ahora eres la directora-general de la Compañía en Costa Larga, pero tú aspiras a más, aspiras a meter la cabeza en el consejo superior de la Compañía, entre los tiburones, y todavía estás muy verde.

—No es cierto, yo no derramo sangre.

—¿Ah, no, y Valsetti?

—¿Valsetti? Que yo sepa, no ha muerto.

—No, pero morirá y si ya ha muerto Alexandro, el budoka...

—Fue un accidente.

—¡Ja! Lo mismo que la muerte de un pescador mutilado y de su tierna hija de diecisiete años.

—¿Qué dices?

—Muy fácil. Le preguntaron por Valsetti y no supieron responder lo adecuado. Los llenaron de plomo y luego los convirtieron en picadillo con dos kilos de *chicle*. ¡Ah! Por si no sabias, el *chicle* es goma-2, un explosivo muy manejable y amoldable adonde se le quiere colocar. Por lo que me han contado, lo pusieron entre los tres cuerpos.

—¿Qué tres cuerpos? —preguntó.

—El del pescador mutilado, el de su hija y el de uno de los hombres del Cóndor que recibió una cuchillada de la brava muchacha que trató de defenderse. No podían dejarse rastros a la policía fiel, a la ley. No todos en este país se dejan sobornar por los dólares yanquis.

—Yo no sabía nada...

—¿Nada? ¿Y la muerte de Larry, uno de nuestros hombres, en el tiroteo, cuando mataron a Alexandro?

—Me contasteis que fue un accidente...

—Sí, por eso lo metimos en un agujero en el suelo, con cuatro toneladas de hormigón encima, sirviendo de cimientos, para que nadie lo encuentre jamás...

—No es posible todo lo que me cuentas.

—Ya lo creo que es posible y tú estás metida hasta el cuello,

como los demás. ¿Acaso creías que se podía subir alto en el mundo de los negocios, sin mancharse las manos? Siempre hay que aplastar a alguien y, en este caso, lo hemos hecho a tiros y con explosivos.

—Yo nada tengo que ver con todo eso, yo sólo…

—Tú sólo quieres escalar y escalar puestos en la montaña de tus ambiciones. Estás muy arriba, pero no has llegado a la cúspide porque nadie realmente llega jamás a la cúspide. Siempre hay más y más que conseguir. Mira, Bárbara, a ti te conviene seguir adelante aliada conmigo; juntos haremos más cosas. Ese Riodondo se te comería como un jaguar a poco que te descuidaras y cuando él obtuviera el poder aquí, en su nación, ese poder que aún no ha alcanzado y que busca ansiosamente por el procedimiento de babearte a ti.

—¡No quiero oírte, vete, vete!

—No me voy. Lo que tú necesitas es alguien que te dome y nadie se ha atrevido a hacerlo. Es hora ya de que te sientas bien sujeta a alguien.

Bárbara Mills captó más en los ojos de Frank Trattore que en sus palabras cuáles eran sus intenciones y trató de regresar al interior de la *suite*. Mas él le cortó el paso mientras se desabrochaba la chaqueta y la lanzaba lejos de sí, sobre una silla. Después, hizo saltar la correa de sus pantalones.

—¡Estúpido! ¿Qué pretendes?

—Lo que imaginas.

—¡No cometerás esa estupidez!

—¿Por qué no? Alguien tiene que hacerlo. Eres demasiado narcisa para ofrecerte a alguien, de modo que tendré que someterte.

Ella echó a correr. Frank le cortó el paso cogiéndola por un brazo.

—¡Michael! —gritó Bárbara.

—No vendrá, ya le he dicho que podía irse a desayunar.

La arrojó al suelo sobre el parterre de césped artificial. Bárbara no se quejó de la caída ni de las magulladuras que podía hacerse, se quejó del peligro que corría.

Frank Trattore se le echó encima mientras ella forcejeaba sin éxito.

—¡Canalla, te mataré!

—Ahora, ahora sale tu verdadero instinto, pero luego te sentirás más calmada, ya lo verás.

—¡No lo hagas, no lo hagas, te juro que te arrepentirás !

Frank Trattore se rió y siguió adelante.

Siempre había deseado aquella hermosura algo fría pero atrayente, aquel cuerpo que se negaba a todos, aquella Venus que se dejaba admirar sin admitir ser amada por nadie.

Ahora, a la luz del sol, sin que nadie se lo impidiera, Frank

Trattore podía satisfacer sus instintos largo tiempo contenidos pese a la rabia de la mujer que en ningún momento cedió a lo que sin duda alguna era un ultraje. Mas el hombre era mucho más fuerte que ella y no le faltaban argucias físicas para satisfacer su lujuria pese a la resistencia de su víctima.

CAPÍTULO IX

Moses Pacific Savage acababa de introducirse en el Selva Nigth Club, iba allí como un turista más, aunque, últimamente, los turistas escaseasen en Costa Larga desde que los norteamericanos les sometieran a un bloqueo disimulado, no declarado, pero que realmente existía. Era una forma más de ahogar la ya depauperada economía de la nación.

El *nigth-club* no era nada especial pese a ser el más lujoso de la ciudad. No poseía clientela suficiente ni dinero para contratar a las primeras figuras mundiales, por lo que se conformaba con dar trabajo a los principales artistas del país, contratar a otros de países latinoamericanos y traer, de vez en cuando, las viejas figuras ya en franca decadencia.

Vio un número de baile en pista que no estaba mal. Las mujeres eran hermosas y terriblemente sensuales, una sensualidad que llevaban en la sangre y que brotaba natural y espontánea.

—¿Solo, encanto? —le preguntó una de las chicas de alterne que vestía traje de cóctel con generosísimo escote.

—Sí, solo —admitió Savage.

—¿Me invitas?

—¿Whisky?

—O champaña, lo que tú pidas.

Se sentó en un taburete, junto a la barra, y complació a la muchacha, una trigueña teñida dotada de unos senos desbordantes que a cada instante parecían ir a saltar de su ligero encierro.

Savage comprendía el interés de la muchacha por ser invitada, era su trabajo y la obtención de su tanto por ciento.

—¿Dan algo bueno esta noche? —preguntó.

—¡Oh, sí, lo mejor está al final! Tenemos una cantante mulata que es una maravilla y un número sexy muy fuerte.

—A mí los números sexy no me gustan como mirón —dijo abonando la consumición de champaña al camarero que sonrió ampliamente.

—¿Tú prefieres ser el actor principal? —interrogó ella alzando uno de sus pechos hacia Savage que le pasó la yema del índice por encima del mismo hasta llegar a la puntilla que ribeteaba el vestido.

—Sí.

—Pues yo puedo complacerte.

A la atractiva mujer, Savage le pareció muy interesante. Pensó que merecía la pena abandonar el club de su brazo, y se lo propuso.

—¿Te vienes?

—¿Adonde

—Á un nido donde estaremos tú y yo solos. Seremos los únicos actores en una escena de amor y sin mirones.

—Magnífico, vamos.

Pasó su mano por la cintura femenina y a la mujer le agradó el contacto; le pareció distinto a lo que ella estaba acostumbrada.

Una pared aparecía cubierta a todo, lo largo por cortinas. La chica le condujo entre las mesas hacia tales cortinas, separando lo que pareció una unión. En realidad, era una puerta disimulada tras la cortina que cualquiera no podría descubrir, llegando al club despistadamente.

Se introdujeron en un corredor que era un túnel subterráneo, bien enmoquetado y débilmente iluminado.

—¿Adónde conduce esto? —preguntó M. P. Savage.

—Al infierno. ¿No te da miedo?

—¿Ir al infierno?

—Sí.

—Si se está calentito y rodeado de chicas como tú... —ironizó el hombre.

—Espera —pidió ella antes de proseguir por el túnel, reteniéndole.

—¿Qué pasa?

—Déjame comprobar algo.

Savage se dejó besar. Aquello, obviamente, era una pre-excitación que la joven provocaba para garantizarse la entrega del hombre escogido.

—Estás un poquito frío —runruneó acariciándole la nuca—. ¿No te pongo nervioso?

—¿Por qué tienes tanta prisa? —preguntó Savage sin retorcerse como ella esperaba.

—No sé, quizá es porque noto algo extraño en ti.

—Mira, preciosa, para manejar bien las manos hay que saber digitopuntura.

—¿Digi... qué? —preguntó, extrañada.

—Espera.

M. P. Savage le aplicó los dedos en el cuello, por debajo de las orejas, mientras la besaba en los labios, obligándola a cerrar los ojos. La muchacha de alterne y algo más, en unos pocos segundos, sin que pudiera comprender cómo y con los párpados cerrados, pasó de maestra a alumna. La temblaron hasta las rodillas y cuando buscó su vestido, estaba caído sobre los talones. Con la respiración

entrecortada, apoyó su espalda contra la pared enmoquetada.

—¿Qué qué has hecho?

—Darte un poco de relax; ahora, ya sé continuar solo.

Savage se alejó por el túnel en dirección al palacete de la Conchito dejando a la chica desnuda y jadeante, como desmadejada, reaccionando lentamente como si le hubiera aplicado una droga de la que le costaba despertar.

—¡Eh, eh! —gritó cuando él llegaba a la puerta que comunicaba con el palacete de la Conchito.

—¿Sí?.

—¿Cómo te llamas? Es para no olvidarte, nunca.

—Savage.

—No me extraña que seas un salvaje, un adorable salvaje.

Y él desapareció de su vista.

Ya en el saloncito que conocía, M. P. Savage miró a un lado y a otro. En apariencia, no había nadie. Fue en busca del despacho de la Conchito y encontró la puerta cerrada. Llamó con los nudillos.

Cuando la hoja de madera se abrió, se encontró con los ojos grandes y fogosos de la Conchito que sonrió al verle. Asomó la cabeza al exterior como comprobando que nadie podía verles.

—¿Te han seguido?

—No, he tomado mis precauciones y he entrado por el club, como me dijiste por teléfono.

—¿Seguro que no te han visto?

—Seguro, he tomado mis medidas. Sé que me han puesto cerco los hombres del Cóndor, pero he podido despistarles.

—Mira que no quiero que me desgracien la cara —insistió la propietaria de aquel palacete provisto de lujosas habitaciones que daban cobijo al amor pagado con el que laboraban las chicas de alterne del Selva Night Club.

La Conchito se hizo a un lado y le dejó pasar al interior del despacho.

Fue entonces cuando Savage descubrió al hombre que, en un rinconcito, se hallaba encajado en una butaca. Aquel hombre sudaba copiosamente y tenía la tez tostada por el sol, curtida por todos los vientos, lo que ocurría cuando se pasaba uno mucho tiempo en mitad del mar.

Le miró con desconfianza y Savage vio el miedo en sus ojos. Waldo Valsetti estaba desesperado, pero quería vivir como fuese. Se hallaba al borde de la crisis que sufren los condenados a muerte cuando se enfrentan con sus verdugos de forma definitiva e irreversible.

La Conchito cerró bien la puerta y les presentó.

—Este es Savage, amigo de Alexandro. Si alguien puede

ayudarte, es él. —Miró a Savage y prosiguió—: El es Waldo Valsetti.

—¡Hombre, al fin te encuentro...! Ahora podré saber muchas cosas. Sé que has corrido innumerables riesgos y que el Cóndor te busca con sus secuaces. ¿Cómo has conseguido escapar a su cerco?

Waldo Valsetti dio una chupada nerviosa al cigarrillo, como buscando fuerzas en él.

—He permanecido escondido en un sótano —respondió—. He pasado verdadera hambre y me he sentido acorralado como una rata.

—¿ Después de haber estado en casa de Benítez y de su hija?

—Sí. Lamento mucho lo que les sucedió y por culpa mía, ¡maldita sea!, soy una mierda. Por mi causa, hombres buenos, hombres que han pretendido ayudarme, han muerto y yo sigo vivo y cagado de miedo.

—El miedo es algo que se tiene, o no se tiene, lo único que se puede hacer es tratar de sujetarlo y no dejarnos dominar por él —le observó Savage, y preguntó después—: ¿Quién te dijo que fueras a casa de Benítez?

—Fue Alexandro; me explicó que me llevaría allí. Cuando le mataron tuve que huir saltando tapias, pero él ya me había dicho dónde podía esconderme hasta ser sacado por pescadores del país.

—Pero el Cóndor localizó tu escondrijo.

—Debió ser culpa mía, porque salí en un par de ocasiones.

—No sabía dónde meterse y me llamó —explicó la Conchito que actuaba como intermediaria—. Le dije que viniera acá, que había un amigo de Alexandro que quería ayudarle.

—¿Me ayudará? Si no lo hace, el Cóndor y sus compinches me asesinarán.

—Ya me doy cuenta de que te has convertido en una pieza de caza muy cotizada en este país.

—Sí, por eso no puedo pedir ayuda a nadie. Estoy marcado por el signo de la muerte y cualquiera que se me acerque e intente ayudarme también será eliminado.

—Eso es lo que me da miedo a mí —suspiró la Conchito—, pero no tengo escapatoria, ya estoy metida en el ajo. Desde el principio, yo le ayudé a escapar de aquí cuando el Cóndor estaba a punto de hundirle sus zarpas.

—Necesito salir del país como sea. —Bajó el tono por unos momentos—. Y la verdad es que no sé cómo podré pagar, sólo tengo este anillo.

Mostró el anillo de oro con la esmeralda engarzada.

—Me la dio a raí —expuso la mujer—, pero yo no iba a quedármela, habría sido una cochinada.

—Voy a ayudarte, Waldo Valsetti.

—¿Seguro?

—Sí. Si es preciso, te sacaré de Costa Larga; tengo un avión propio.

—¿Un avión particular? —La fémina silbó de admiración.

—Es que me desplazo mucho de un lugar a otro del mundo. Es pequeño, pocas plazas, pero muy útil.

—Pues me tiene que sacar de aquí.

—No tan aprisa; te voy a pedir una cosa a cambio.

—Ya sabe que sólo tengo el anillo.

—Quiero una confesión total del por qué te buscan y pruebas de lo que me digas. Yo puedo ayudar a alguien, pero no dejo que me tomen el pelo.

—De acuerdo. La verdad también se la conté a Alexandro; usted y él tienen la misma forma de actuar; parecen hermanos.

—Tus palabras son un honor para mí, Valsetti. Ahora, cuenta.

—Empezaré por decirle que soy un sucio chantajista y...

CAPÍTULO X

El Cóndor en persona, sentado junto al conductor del coche, aguardaba nervioso a la puerta del Hilton Hotel. No estaba demasiado seguro de lo que ocurría, pero había recibido unas órdenes concretas y debía cumplirlas. Las cosas cambiaban y a él le parecía que cambiaban demasiado aprisa.

La puerta del hotel se abrió y aparecieron dos hombres. Uno era el gigante japonés y el otro, Moses Pacific Savage que, con toda naturalidad, se dirigían al coche.

Ricky abrió una de las portezuelas y, trabajosamente, se acomodó en el interior del vehículo. Moses Pacific Savage se instaló a su lado y cerró la puerta diciendo:

—Ya podemos ponernos en marcha.

El chófer miró a Huberto Álvarez *el Cóndor,* y éste asintió con la cabeza.

El auto comenzó a rodar, alejándose del hotel.

—Es usted un sujeto muy especial, Savage —comentó el Cóndor sin volver la cabeza—. Sabe llegar adonde quiere, lo malo es que, en ocasiones, haciéndose el listo, uno se mete en la boca del lobo.

—Todos los lobos no tienen buena dentadura —objetó Savage.

—¿Es un proverbio chino? —inquirió, sarcástico, el Cóndor.

—No, es cuestión de experiencia.

El coche abandonó la ciudad y rodó por la carretera costera. Pasó a otra carretera asfaltada que advertía: «particular», y así arribaron a la finca de Riodondo mientras caía la tarde, anocheciendo. El coche les acercó a las terrazas del acantilado y allí se apearon.

—El honorable Riodondo está en el yate —dijo el Cóndor, señalando abajo.

—Pues vamos al yate —acepto Savage, y comenzaron a descender por el camino.

—Hay un ascensor.

—Gracias, preferimos bajar a pie. Los ascensores, a veces, se estropean —replicó Savage. Le parecía que aquel ascensor particular en el acantilado, podía constituir una trampa perfecta para cazar sujetos molestos para el propietario de la mansión.

Cuando llegaron abajo, ya era de noche y el Cóndor les aguardaba en la pasarela del hermoso yate *Bárbara.*

—Un momento —pidió el Cóndor; ahora se hallaba entre cuatro

hombres fieles a las órdenes del honorable Riodondo.

—¿Qué sucede?

—Un ligero detalle: hay que comprobar que no vais armados.

Savage y Ricky alzaron las manos y ambos fueron cacheados. El propio Cóndor hizo el trabajo y sonrió.

—No lleváis armas; eso está bien,

—¿Podemos pasar ya?

—Sí, seguidme.

Cruzaron la pasarela y quedaron a bordo de la espléndida nave. El Cóndor les condujo al confortable salón. Allí, acomodados en sillones y sofás, tomando unas copas que un mozo servía desde el pequeño bar, había varios personajes. El honorable Riodondo, Frank Trattore y la bellísima Bárbara Mills.

A Savage le pareció que la mujer estaba demacrada, parecía haber perdido algo. Ya no sonreía feliz ni segura de sí misma, era como si la desconfianza y el miedo se hubieran apoderado de su espíritu, y a un hombre de la fina sensibilidad de Moses P, Savage no le costó captarlo, como asimismo observó que Frank Trattore se mostraba muy dueño de la situación y sonreía sarcástico, con aires de triunfador, de hombre que consigue lo que se propone.

Riodondo también demostraba seguridad, aunque tenía una mirada más crítica, incluso de recelo hacia Savage y el gigante japonés que le acompañaba, el cual casi tocaba con su cabeza el techo del saloncito del yate.

—Bien venido al yate *Bárbara,* Savage.

—Acepto su hospitalidad, Riodondo —replicó Savage. Mirando a Ricky, presentó—: Este es mi fiel amigo Ricky.

Al Cóndor le bastó una mirada para advertir a su patrón de que los visitantes no iban armados.

—¿Desean tomar algo?

—No, no hemos venido a beber, sino a charlar un poco.

El honorable Riodondo sacó del bolsillo de su impecable chaqueta blanca una sortija de oro con una deslumbrante esmeralda engarzada.

—De modo que supo localizar a Valsetti…

—Eso parece. Donde no supieron encontrarlo sus sabuesos, lo encontré yo. No fue difícil, después de todo, pese a que no había estado en Costa Larga desde hace mucho tiempo.

El Cóndor apretó las mandíbulas al ver que el honorable Riodondo le lanzaba una mirada de reprobación por sus deficientes servicios.

—Hay ocasiones en que uno paga a estúpidos que parecen muy listos, pero siempre hay que darles una nueva oportunidad para que enmienden los errores —respondió el honorable, refiriéndose al

Cóndor, evidentemente.

—Volvemos a vernos, señorita Mills.

—¿Era imprescindible mi presencia en esta reunión? —preguntó ella áspera, sin deseos de participar.

—Claro que sí; el negocio que me trae aquí incumbe mucho a la Ocean Ferrol Company.

—Al grano —apremió el honorable—. ¿Dónde está Waldo Valsetti?

—En un lugar bien seguro, protegido por mí.

—Si yo quisiera, me lo dirías —silabeó Frank Trattore con aires de perdonavidas, sin dejar de sonreír.

—Espere, Frank, primero veremos qué quiere —le atajó Riodondo haciendo saltar en la palma de su mano aquella sortija que dejaba bien claro que Savage había encontrado a Valsetti: Había concertado aquella entrevista en el yate enviando previamente la sortija como prueba de que tenía en sus manos la clave de todo.

Ricky juntó dos sillas y se sentó en ambas, ya que una sola le resultaba insuficiente. Savage se sentó en el borde de una mesa tapizada en terciopelo verde y que debía utilizarse para juegos de naipes. Entonces comenzó su explicación:

—Empezaré por el principio... Sé que Waldo Valsetti trabajaba en una plataforma petrolera de la Ocean Petrol Company.

—Eso ya lo sabemos todos —le apremió Frank Trattore.

—Sé que estuvo en cuatro prospecciones que dieron resultado.

—No es cierto. Dieron un crudo muy pesado y cargado de azufre, producto de una bolsa pequeña y mala, que no era rentable —puntualizó Bárbara Mills.

—Sí, me he informado y sé que eso mismo es lo que comunicaron al gobierno.

—¿Y tiene usted algo que objetar?

—Voy a seguir... Waldo Valsetti no era ningún estúpido; era, además, un hombre con ambiciones y no se le ocurrió otra cosa que guardarse muestras propias en botellas de naranjada bien limpias. El mismo, con una destilación fraccionada, analizó una de las muestras, puesto que a los obreros de las plataformas de prospección no se les dice nada en realidad. Ellos trabajan, sacan petróleo y luego les indican que se vayan a otra parte, y tan tranquilos. Trabajan y no discuten órdenes, pero Waldo Valsetti tuvo iniciativa propia. Analizó el crudo petrolífero y descubrió que era magnífico, muy volátil, y apenas con vestigios de azufre, idóneo para obtener gasolinas ligeras y muy apto para la industria petroquímica ligera y fabricación de plásticos y derivados. En suma, un crudo de petróleo de calidad superior que podía llenar las maltrechas arcas de Costa Larga.

»Se preguntó a sí mismo por qué la compañía petrolífera

ocultaba la verdad y daba datos falsos. Pensó que tenía que ser por alguna razón de lucro y quiso sacar tajada, por eso les hizo chantaje pidiendo cien mil dólares para él solito. Ustedes, viéndose descubiertos, pensaron que lo mejor era eliminarle e intentaron hacerlo por mediación del Cóndor y sus secuaces.

»Waldo Valsetti logró escapar a la trampa y cogió un miedo cerval al verse acosado por una manada de lobos. No se atrevió a declarar su verdad en parte alguna porque sabía que usted, honorable Riodondo, tiene amigos metidos en muchos lugares, incluso en la policía y que en vez de ayudarle lo que harían sería cerrarle la boca para siempre.

—¿Todo eso se lo ha contado él? —preguntó Riodondo tranquilo, despreciativo, sin darse por vencido.

—Sí, me lo ha contado Waldo Valsetti. Guarda las muestras de ese petróleo y tiene los datos exactos de donde quedó una boya submarina que marcaba el lugar del hallazgo petrolífero para cuando a la Ocean Petrol Company le conviniera regresar a ese punto y comenzar a explotar el yacimiento, es decir, cuando usted, Riodondo, subiera al Poder de la nación derribando la democracia que ahora existe. Usted formaría un nuevo gobierno, un gobierno para lucrarse usted y sus amigos y, supongo que la protección de la compañía petrolífera la ha obtenido por la promesa de entregarles un tanto por ciento más elevado de los beneficios que lo que les concede el gobierno actual.

—Eso es una soberana estupidez. Este pueblo se muere de hambre, hace falta alguien que le salve y ese seré yo.

—Usted los hunde primero para luego decir que los salva. No, Riodondo, porque lo de honorable se lo guarda usted donde le quepa, ya que no merece ostentarlo. Lo que están haciendo ustedes es un contubernio, un lío sucio a espaldas del gobierno y del pueblo de esta bendita nación para conseguir que el petróleo llene sus bolsas de plata. Una vez en el poder, usted, Riodondo, se apresuraría a comprar armas de todas clases para tener un pequeño ejército de mercenarios que le fuera fiel y la compañía petrolera obtendría mayores beneficios aliándose con usted. Todo repugna aquí, y más porque lo están consiguiendo con sangre, asesinando a inocentes. Pero les ha salido mal el juego; no mataron a tiempo a Waldo Valsetti y ahora, quien se beneficie de ese yacimiento será la nación entera. Los representantes de este pueblo distribuirán mejor los beneficios que se obtengan con el petróleo y espero que sean para hospitales, escuelas, equipamientos. Todo irá mejor aquí cuando comience la explotación en serio.

—Eso no ocurrirá hasta que yo me siente en la poltrona de la presidencia —advirtió Riodondo—. Tengo muchos amigos que me ayudarán.

—Nadie le ayudará cuando lo vean caído.

—Vamos a ver, ¿cuánto quiere por Valsetti y esas pruebas; un millón? —Savage le sonrió fríamente—. Le estoy hablando de dólares…

Frank. Trattore añadió:

—La compañía pagaría otro millón por ese silencio.

—Ya ve, son dos millones —puntualizó Riodondo.

—Es inútil, el soborno no sirve en nuestro caso.

Poniéndose en pie, Riodondo gruñó:

—Todo hombre tiene un precio.

—Nosotros no. ¿Verdad, Ricky?

—No, no lo te-te-tenemos.

—En ese caso, terminaremos por la vía rápida y luego ya habrá forma de sonsacarlos. ¿Verdad, Frank?

—Naturalmente, hay mil formas de hacer hablar a unos cabezotas.

Savage lanzó, inesperadamente, una mano-cuchillo hacia atrás. El *shuto-uchi* golpeó al Cóndor por encima de la nariz y entre los ojos, justo cuando éste empuñaba una pistola. Cayó hacia atrás como una tabla.

Sonó un timbre de alarma que pulsó el honorable Riodondo y aparecieron en la puerta varios hombres, tres de ellos armados con porras, dos con metralletas y el resto, con los puños dispuestos.

—¡ Sujetadlos! —ordenó Riodondo.

—Es inútil —objetó Savage—. Entregué a dos tipos a la policía; la policía lo sabe todo y tiene muchos testigos para llevarles a la cárcel por poderosos que sean.

—No podrá meterme el miedo en el cuerpo; tengo muchas formas para amordazar a la policía.

—No, cuando se trata de hombres íntegros como el capitán Martínez.

Savage miró su reloj y, como si lo hubiera estado esperando, comenzó a sonar una sirena. Frank Trattore se puso nervioso.

—¡Vamos, rápido, acabad con ellos! —ordenó Riodondo, comprendiendo que la policía llegaba en lancha costera y también por tierra, en *jeeps*.

Los hombres de Riodondo se lanzaron sobre Savage y Ricky.

—*¡¡Kiai!!*

Savage dejó escapar su *kiai* prácticamente silencioso y se lanzó en lucha de Tae Kwon Do contra los numerosos secuaces de Riodondo. Sus golpes de manos, codos y pies, fueron demoledores.

El otro que llevaba metralleta dudó, pues detrás de Savage estaban Riodondo, Frank Trattore y la propia Bárbara Mills.

Frank Trattore sacó de su bolsillo una pistola «Colt», dispuesto a

terminar rápidamente con los budokas. Bárbara, detrás suyo, abrió su bolso de mano y sacó una pequeña pistola. Al ver que Frank Trattore iba a matar por la espalda a Savage, disparó contra el hombre que más odiaba.

Se escucharon dos detonaciones. Frank Trattore se abrió de brazos con una mueca de dolor.

Riodondo corrió hasta la metralleta caída, haciéndose con ella, y Bárbara Mills, fría en apariencia, disparó también contra él.

Al ver a Riodondo retorcerse al encajar los impactos, uno de sus secuaces, armado de metralleta, hizo fuego contra la mujer, acribillándola.

Savage se lanzó contra el tipo de la metralleta por debajo de la línea de tiro.

Le golpeó en las rodillas con los pies, haciéndole caer, y la metralleta continuó ladrando. Savage le partió el brazo con un golpe seco de Karate y el arma dejó de disparar cuando el vate, era abordado por agentes uniformados.

Ricky se sacó al último tipo de encima haciéndolo salir por una de las estrechas ventanas.

—¡Basta ya, todos manos arriba! —ordenó el capitán Martínez, jefe de la redada tendida en colaboración con Savage y Ricky—. Savage, ¿cómo se encuentra? —preguntó.

—Bien, bien, pero...

Se acercó a Bárbara Milis que estaba como una muñeca rota en el suelo, sobre un careo de sangre. Le cerró los ojos.

—Riodondo y Frank Trattore han muerto —anunció el capitán.

—Ha sido ella —indicó Savage señalando la pistola que la mujer aún sostenía en su mano—. Lo ha hecho por salvarnos a nosotros. En el último momento ha podido más su conciencia que su ambición.

Unas esposas se cerraron alrededor de las muñecas del Cóndor con un frío chasquido.

—Ha hecho un gran favor a Costa Larga, Savage —le dijo el capitán Martínez, emocionado y agradecido.

—Ya me di cuenta de que usted contaba conmigo, capitán, por eso me llevó a ver la casa destrozada del Barrio de Pescadores.

El capitán sonrió y tendió su mano para estrechar las de Savage y Ricky.

Luego, todos se volvieron para mirar a Riodondo, el ambicioso multimillonario, a Frank Trattore, el mañoso yanqui, y a aquella hermosa muñeca rota a balazos cuando había decidido romper con sus ambiciones al ver que avanzaba sobre charcos de sangre.

Moses P. Savage pensó en Alexandro y se dijo que, después de todo, su muerte no había sido inútil. Costa Larga tendría ahora el petróleo que se le había pretendido escamotear.

F I N

Notas

[←1]

País imaginario latinoamericano.

[←2]

En japonés, maestro.